

Para comprender la historia

Juan Brom

G

Grijalbo

EDICIÓN ACTUALIZADA
Y ENRIQUECIDA

Juan Brom

**Para comprender
la historia**

Grijalbo

3. Historia, ¿para qué?

“Estudiamos historia para conocer el pasado”, contestamos de inmediato ante la pregunta que encabeza el capítulo. Muy cierto, pero ¿para qué queremos conocer el pasado? El problema, aparentemente fácil de resolver, al grado de parecer inútil su planteamiento, muestra muy pronto sus espinas y complicaciones.

Para empezar, hay que recordar que son muchas las formas de “hacer historia”. Ya se ha dicho que los mitos tienen un contenido real; pero no hay sólo esto. En su modo de relatar e interpretar su propio pasado, cada núcleo social refleja sus concepciones, sus aspiraciones y sus formas de vivir, expresa la ligazón que siente tener con fuerzas superiores (dioses, destino...), o bien busca presentar un enfoque racional del Universo. Muchos pueblos manifiestan su creencia de ser llamados a realizar hazañas especiales, generalmente como dominadores de otras agrupaciones humanas. Una expresión clara de estas ideas se encuentra en la frase bíblica “pueblo escogido”, o en la autodesignación de “hombres verdaderos” que se aplican muchos grupos.

La deformación histórica. Son frecuentes las falsificaciones conscientes de la historia, realizadas para afianzar el dominio de una nación o ensalzar a una persona. Así, Tlacaéllel, gobernante azteca, ordena destruir los antiguos documentos que hablaban de la miseria y humillaciones de su pueblo para sustituirlos por las profecías de grandeza y dominio del mundo pronunciadas por Huitzilopochtli; Shi Huang-ti, en China, aplica una medida semejante, y se realizan muchos otros actos parecidos en distintos pueblos. Todo esto no sólo refleja el modo de vivir de la comunidad en cuestión, sino que también facilita el funcionamiento de su sociedad, por lo menos aparentemente.

Lo que acabamos de decir puede hacernos caer fácilmente en una trampa: hablamos de “sociedad”, “nación” o “pueblo” como si se tratara de unidades con intereses y pensamientos únicos. Pero no es así: generalmente, y en forma muy clara a partir de la aparición de las sociedades divididas en clases con intereses diferentes y contrapuestos entre sí, lo que suele plan-

Poblando el vacío

En 1620 desembarcó cerca de Boston, en el norte de los actuales Estados Unidos, el grupo de los llamados Padres Peregrinos. Una historia de ese país, que expresa una visión generalmente aceptada acerca del acontecimiento, dice: "Aquel invierno, mas de la mitad murieron de frío y del escorbuto. Pero en el verano siguiente recogieron buenas cosechas, ..."^{**} Vemos unos pioneros, abnegados y trabajadores, que superan las dificultades de un clima hostil.

Pero hay otra versión, proporcionada por James W. Loewen,^{**} crítico de textos escolares estadounidenses. Dice que el actual territorio de Estados Unidos no era una zona poblada sólo por "algunos indios salvajes". Los pueblos que vivían ahí cultivaban maíz y otras plantas y ayudaron a los recién llegados a aplicar los conocimientos de los aborígenes; los colonos, por cierto, se dedicaron a robar alimentos en las aldeas, diezmadas por las enfermedades que traían los europeos.

Encontramos en el primer relato una obvia deformación histórica, que tiende a glorificar un pasado nada edificante.

* A. Nevis y H. Steele Commager, *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*, México, Cía. General de Ediciones, 1956, p. 16.

** J. W. Loewen, *Lies my teacher told me*, Nueva York, The New Press, 1995.

tearse como interés del conjunto es el de la clase o grupo dominante. Con frecuencia su posición goza de un amplio consenso; en ocasiones es cuestionada por grandes sectores de la misma sociedad. Muchas veces se presenta un cuadro en el que se entremezclan en forma confusa objetivos que pueden ser efectivamente del conjunto social (como su propia conservación) con los de su grupo dominante que, antes que nada, busca su conservación como tal.

Como ejemplos recientes de estas actitudes podemos pensar en la exaltación por el nazismo alemán de una supuestamente eterna voluntad de dominio de parte del pueblo germánico, o también en el elogio de la "gesta heroica" de los colonizadores del oeste norteamericano por quienes llevan ahí "la ley y la democracia", olvidando totalmente el brutal exterminio de los indígenas mediante la violencia y el engaño. Otro caso es el de la supresión en relatos y hasta en fotografías de personajes ingratos

al régimen estalinista (como la eliminación de Trotski en muchos documentos referidos a episodios de la revolución rusa de 1917), así como la visión unilateral de este régimen que se presentaba y se presenta sin cesar por sus adversarios.

Este mal uso de la historia es muy frecuente y suele acentuarse en tiempos de crisis social. Para su aplicación, se recurre muchas veces a sentimientos nacionalistas o religiosos, así como al ocultamiento de datos conocidos y a la falsificación de documentos o estadísticas. En ocasiones se realiza mediante una presentación aparentemente neutral de la información, pero escogiendo ésta en forma mañosa, sesgada desde su planteamiento.

Utilidad de la historia. Ahora bien, ¿cuál es el papel de la historia en nuestro ambiente cultural? Debemos reconocer, quienes nos dedicamos a ella, que es tachada de totalmente inútil por muchas personas. A nadie se le ocurriría poner en duda la utilidad de la labor del panadero o del investigador médico. En cambio, muchos estudiantes nos dicen: "¿Para qué quiero cono-

cer nombres de reyes y de presidentes, lugares y fechas de batallas? ¡Todo esto ya está muerto!”. Tienen, francamente, mucha razón; pero lo que se les enseña no es historia, sino sólo uno de sus elementos, la crónica. Afortunadamente, la enseñanza de la historia ha rebasado hace tiempo la confusión entre ésta y aquella, aunque a muchas escuelas no haya llegado tal noticia y se siga atormentando ahí a los alumnos con memorizaciones inútiles, que no les permiten comprender nada.

También entre los grandes de la cultura hay oposición a la historia. Así, el filósofo Federico Nietzsche dice entre sus múltiples afirmaciones: “El exceso de estudios históricos perturba los instintos populares e impide al individuo, así como a la totalidad, llegar a la madurez [...] propaga la creencia, siempre nociva, en la caducidad de la especie humana, la idea de que todos somos seres retardados, epígonos...”.⁹ Con esta postura, Nietzsche identifica una forma de concebir e interpretar la historia con la de todas las escuelas históricas; al hablar de “instintos populares” muestra también un enfoque aristocratizante y repudia a la razón, al elogiar la supresión del conocimiento en lugar de criticar y refutar su interpretación.*

Entre los historiadores profesionales sería difícil (y absurdo) encontrar una condenación de la historia, pero sí hay distintas opiniones acerca de su utilidad y su función. Para Polibio, historiador griego del segundo siglo antes de nuestra era, se trata de allegar enseñanzas para el gobierno, ejemplos que fortalezcan la moral y ayuden a soportar dificultades. Luciano, perteneciente asimismo al ámbito grecorromano, ve como única función de la historia dar a conocer la verdad. Ya en el siglo xx, Marc Bloch dice que la historia se inicia muchas veces como entretenimiento y curiosidad y se transforma en una ciencia que permite entender el pasado con el presente, ligando uno y otro.¹⁰ Según Ralph Turner, la “historia bien entendida es la memoria social, merced a la cual se hace inteligible la vida presente [...] conserva la continuidad social, sostén del orden social”.¹¹ Gordon Childe encuentra en la historia la fuente para resolver con criterio objetivo qué es progreso.¹²

En distintas formas, otros autores de las últimas décadas plantean diferentes aplicaciones del conocimiento histórico, además de las ya señaladas. Así también Pierre Vilar habla de comprender el pasado, sus factores sociales, para conocer el presente. Ilustra su idea diciendo: “La historia debe enseñar-

⁹ F. Nietzsche, “De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida”, en *Consideraciones intempestivas*, Madrid, 1932, citado por Wagner, *op. cit.*, p. 342.

* Debe señalarse aquí que las investigaciones de las últimas décadas sobre la obra de Nietzsche han demostrado que muchos de sus escritos fueron falsificados por su hermana, que lo sobrevivió por muchas décadas.

¹⁰ Cfr. M. Bloch, *op. cit.*

¹¹ R. Turner, *op. cit.*, p. 7.

¹² Cfr. V. G. Childe, *Los orígenes de la civilización*, México, FCE, 1965.

nos [...] a leer un periódico".¹³ Josep Fontana liga el estudio de la historia al análisis de cómo distintas estructuras se transforman de progresistas en obsoletas y deriva de ahí la necesidad de construir "el nuevo proyecto social", que se aproxime "al ideal de la supresión de todas las formas de explotación del hombre" y de eliminar "toda coerción".¹⁴

Jean Chesneaux denuncia el carácter conservador de la historia construida por las academias y pide una historia al servicio de la revolución social;¹⁵ en forma parecida, Guillermo Bonfil plantea la necesidad de una historia que ayude a la liberación de los pueblos autóctonos de América.¹⁶

Todas estas afirmaciones señalan, indudablemente, algo acerca de la finalidad del estudio de la historia; en su mayoría le atribuyen el objetivo de afianzar el orden social existente en su momento, pero muchos autores consideran indebida tal utilización de la historia y la denuncian. Es necesario precisar y analizar para llegar a una conclusión más profunda acerca del papel de nuestra ciencia.

Recogiendo los señalamientos anteriores se puede decir que la historia se propone descubrir y dar a conocer la verdad; también puede tener por finalidad proporcionar enseñanzas para el gobierno, servir de entretenimiento y, en general, satisfacer cualquiera de las exigencias planteadas por los historiadores citados. Ahora bien: ¿se trata simplemente de conocer la verdad por conocerla? Debemos recordar que el científico se propone siempre, aunque a veces de manera inconsciente, permitir al hombre actuar con eficacia para lograr lo que considera conveniente.*

El conocimiento histórico, científico, puede aplicarse perfectamente de acuerdo con este criterio. Al presentar el origen y el desarrollo de nuestras condiciones de vida nos da ya una parte de la clave para entenderlas. Pero el conocimiento científico va más allá de esta simple descripción: al profundizar, indaga en el porqué de los fenómenos, en sus relaciones mutuas, en sus leyes. Así, la ciencia de la historia nos permite darnos cuenta de las leyes del desarrollo social aunque nuestra percepción de ellas nunca será "completa" o "definitiva", debido a los cambios que sufre la realidad misma y a la imposibilidad de conocer todos los elementos que intervienen en los acontecimientos. A pesar de esta limitación, la comprensión lograda y la "conciencia histórica" derivada de ella, nos permiten intervenir consciente y eficazmente en nuestro propio desarrollo. Se trata de un progreso parecido al que se

¹³ P. Vilar, *op. cit.*, p. 12.

¹⁴ J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo, 1982, pp. 11-12.

¹⁵ Cfr. J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa de la historia?*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

¹⁶ G. Bonfil, "Historias que no son todavía historia", en C. Pereyra *et al.*, *Historia: ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980.

* Esto es cierto incluso en casos tan especiales como, por ejemplo, el uso de la ciencia para producir armas mortíferas: éstas no benefician, desde luego, al "hombre como tal", pero sí son o parecen ser convenientes para quien las emplea.

da al lograr un mayor conocimiento de la naturaleza: nos permite intervenir en ésta en el sentido que consideramos útil.

Realmente, como ya lo hemos señalado en parte, la comprensión de la historia de que se habla aquí ha tenido y tiene distintas aplicaciones prácticas. Antes se ha mencionado la estrecha relación entre las concepciones y las aspiraciones de los pueblos y su manejo del conocimiento del pasado. En nuestro ambiente es fácil ver que la conciencia nacional no es posible sin una concepción histórica: se basa, en gran parte, en la percepción, a veces muy deformada, de un pasado compartido y de lazos creados durante un largo periodo. Lo mismo puede decirse de la conciencia de clase: los sufrimientos, las victorias, las derrotas, las aspiraciones experimentadas conjuntamente, en suma, la experiencia práctica de un interés común tienden a engendrar, a través del tiempo, la conciencia de formar una unidad. El papel de la historia como ciencia consiste en hacer ver las bases objetivas, reales, de estas interpretaciones del pasado y de las enseñanzas desprendidas de ellas, y en permitir su aprovechamiento más conveniente.

Una consideración sobre las leyes científicas. Se impone aquí hablar brevemente del concepto mismo de ley en la historia y, en general, en las ciencias sociales. A diferencia de las leyes jurídicas, que son establecidas por órganos de la sociedad, las naturales y las sociales expresan relaciones causales entre distintos fenómenos y no obedecen a intención alguna. Así, por ejemplo, el físico inglés Isaac Newton formuló, en 1687, la *Teoría de la Gravitación*,* es decir, expresó una situación existente en la realidad, independientemente de que sea conocida. Muchos avances en la astronomía, en la navegación y en otras disciplinas se beneficiaron de esta teoría. En la misma forma concebimos que las leyes sociales, entre ellas las históricas, existen al margen de que las conozcamos y las formulemos.

El uso del término se complica en la práctica diaria, porque muchas personas piensan que una ley expresa una relación definida, “absoluta”, entre *una* causa y *un* efecto; aplican así la interpretación propia del positivismo del siglo XIX. Nosotros nos referimos aquí a ley como la relación regular que se da entre un conjunto de factores que llamamos causas y otro que constituyen los resultados. Esta visión obliga a tomar en cuenta la gran complejidad de la vida social que, con frecuencia, hace difícil establecer cuáles son las causas principales de una situación dada. Debe verse también que la actuación humana, consciente o no, es uno de los elementos que influyen sobre el devenir del hombre.

La infinita cantidad de elementos causales que confluyen en el desarrollo de una situación dada impide que el conocimiento de una ley social nos permita predecir con exactitud el resultado concreto de un movimiento determinado. Más bien, tenemos que considerar que se trata de “leyes de tendencia” que per-

* Véase el recuadro en la página 26.

El "Destino Manifiesto", ¿una idea religiosa?, ¿la aplicación de una ley científica?

Las colonias inglesas de Norteamérica declararon su independencia de Inglaterra en 1776 y recibieron su reconocimiento siete años más tarde. El nuevo país, Estados Unidos, inició un vigoroso proceso de expansión hasta llegar a ser la potencia mundial que conocemos hoy.

Thomas Jefferson, uno de los redactores de su Declaración de Independencia y presidente del nuevo país de 1801 a 1809, escribió ya en 1786: "Nuestra Confederación debe ser vista como el nido desde el que debe poblarse toda América, el norte y el sur".* John Adams, de la misma generación y presidente de Estados Unidos anterior a Jefferson, expresó a éste, a principios del siglo XIX: "...nuestra acendrada, virtuosa y en extremo briosa y federativa república vivirá siempre, regirá al mundo e introducirá la perfección del hombre".**

¿Estas manifestaciones representan simplemente las ambiciones desbocadas de unos políticos ambiciosos o constituyen un programa consciente de despojar a las demás naciones de sus bienes? La respuesta no es tan simple como parece.

Juan A. Ortega y Medina,*** estudioso del problema, presenta una explicación de gran interés. Dice que ya los primeros colonizadores ingleses de Norteamérica se consideraban portadores de la voluntad divina que les ordenaba cultivar la tierra; para cumplir con ese mandato, debían quitarla a los aborígenes que supuestamente no se mostraban capaces de hacerlo. A partir de ahí continúa sin interrupción la idea de estar acatando el mandato de Dios, como lo declaran también en nuestros días los dirigentes estadounidenses.

En esta doctrina, conocida como el *Destino Manifiesto*, se puede apreciar claramente la función de una pretendida misión superior: "justificar" el despojo de otras naciones, la expansión y el dominio sobre ellas.

* Cit. por J. F. Rippy, *Latin America in World Politics*, en J. A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 130.

** Cit. por A. K. Weinberg, *Manifest Destiny*, en Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 144.

*** J. A. Medina y Ortega, *op. cit.*

miten señalar, ciertamente con un importante margen de error, los lineamientos que seguiría el proceso que se esté examinando.

Otra fuente de confusión acerca de la ley histórica es la afirmación, usada frecuentemente por dirigentes políticos o sociales, de que "actúan de acuerdo con lo que ordena la historia". Se trata de una expresión retórica que atribuye a la historia una personalidad o intencionalidad que ésta no tiene. En muchas ocasiones se usa para justificar una acción de dominio, como el "mandato de la Providencia para defender a Occidente" proclamado por el nazismo y nuevamente en boga en los momentos actuales.

También se ha usado y se usa la idea de una secuencia inevitable del devenir, supuestamente establecida por las leyes históricas. De ahí deriva un sentimiento de fatalismo, de que es imposible intervenir en el destino de la sociedad. Esta visión ignora el carácter dialéctico del desarrollo humano, en el que intervienen múltiples factores entre los cuales está la voluntad humana.

En general, podemos afirmar que se dan dos extremos de mal uso de la historia. Uno consiste en la negación absoluta de la posibilidad de conocer las relaciones causales entre los fenómenos históricos, lo que conduce a renunciar a una actuación basada en la experiencia social para buscar conscientemente la superación de la situación humana. El otro se basa en afirmar "verdades históricas" incommovibles, negando la po-

sibilidad de que nuevos descubrimientos y reflexiones propongan otras interpretaciones. Frente a estas posiciones afirmamos el gran valor para el avance humano de la correcta aplicación del conocimiento histórico, a pesar de sus problemas y dificultades.

La difusión del conocimiento histórico. Ahora bien, ¿cuál es la forma práctica en que el historiador cumple su cometido? ¿Cómo desempeña su papel de “hacer historia”, de crear esta conciencia histórica? Son dos las grandes ramas de su actividad, inseparables entre sí: la investigación y la divulgación.

Es evidente que los hechos históricos, antes de poder ser enseñados, deben ser conocidos, es decir, investigados y analizados con la profundidad necesaria. Pero el investigador, en todas las ciencias, necesita un conocimiento previo que le permita encauzar sus estudios; éstos, a su vez, servirán para confirmar o, en su caso, rectificar o desechar lo establecido por estudios anteriores.

Lo investigado debe ser difundido. Renunciar totalmente a la comunicación de lo encontrado es condenar la investigación a la esterilidad. El investigador puede desempeñar su papel de divulgador en muchas formas, válidas todas ellas. Para ser eficaz deberá procurar siempre utilizar un lenguaje adecuado al público receptor, sea un grupo especializado en un aspecto muy determinado, el gremio de los historiadores en general, o también quien la recibe como libro, conferencia o en otro tipo de exposición. Una de las formas básicas de difusión, de amplia repercusión y especial responsabilidad, consiste en la docencia, en sus diferentes niveles.

Un aspecto cercano, que no pertenece a la ciencia de la historia pero que se beneficia de ella, será el de la novela, de la película o del video dedicados a temas históricos. Ahí no se pretende dar un relato exacto de determinados hechos o desarrollos, pero se puede reproducir con mucha fidelidad un ambiente determinado y crear conciencia sobre la evolución de algún núcleo humano.

Conviene aquí expresar la advertencia de que la exposición de un historiador, por más serio que sea éste y por más objetivo que trate de ser, estará siempre matizada por sus propias concepciones. Esta limitación es mucho más importante todavía al tratarse de novelas, películas y otros relatos con base histórica, que presentan acontecimientos o la vida de personajes, reconstruidos según la visión que tiene el autor o cineasta del acontecimiento y de sus protagonistas.

En escuelas primarias y en actos cívicos se usa frecuentemente la exposición histórica para rendir “culto a los héroes”, presentando a éstos como ejemplos o también, en sentido contrario, señalando actuaciones repudiables que de ninguna manera deben imitarse. Para muchos, en esto reside la función de “maestra de la vida” que se asigna a la historia. Sin duda, el ejemplo es valioso en la educación, pero no es correcto aceptar sin examen la práctica a que nos referimos. Ésta, por una parte, suele partir de la idea de que “los grandes hombres” hacen la historia. Se dice, en alguna forma: “Hidalgo, enojado por

La discriminación que el viento dejó

En 1939 se estrenó una película famosa por su dramatismo y su excelente realización, "Lo que el viento se llevó". Describe la sociedad del Sur de Estados Unidos, que defendía el derecho a tener esclavos, en guerra contra el Norte, encabezado por Abraham Lincoln. El relato abarca la Guerra Civil, la ruina de una hacendada del sur, su abnegada lucha por reconstruir su propiedad, usando el trabajo casi gratuito de presos, entre otras acciones.

¿Quiénes aparecen como "los buenos", que conquistan la simpatía del público? Sin duda, la dueña de la hacienda, bella, elegante, activa y, en general, los miembros de su círculo social. Hay negros buenos: son los que defienden al Sur contra los "extraños", los del Norte, que aprovechan la victoria de su bando para hacer negocios con las tierras que pierden los sureños. También se presentan antiguos esclavos que no saben hacer uso de su libertad, viven en chozas, holgazanean y se emborrachan.

En cambio, no aparecen los negros que lucharon, armas en mano, por su libertad, ni los que se pusieron a trabajar y empezaron a crear una nueva sociedad, junto con blancos dispuestos a compartir con ellos. Sus esfuerzos fueron aniquilados por el terror desatado por organizaciones como el Ku Klux Klan, varios años después.

Las situaciones descritas en la película tienen una base real; el problema está en que muestra sólo una parte de la sociedad que describe y presenta así una imagen falseada. Ciertamente, no dice ser un documento histórico pero, gracias a su estupenda ambientación, el espectador cree ver un testimonio de la época; sentirá admiración por la hacendada y repudiará a los negros y sus partidarios. En otras palabras, esta obra de arte impulsa ideas racistas, muy extendidas en su momento y también hoy.

la explotación que sufrían los indios, decidió levantarse en armas y hacer la independencia"; o también: "Lenin consideró que se necesitaba una revolución en Rusia, y la hizo"... Con este tipo de planteamiento se induce un pensamiento acrítico, que deja todo en manos de seres excepcionales, sin profundizar en las condiciones en que éstos actúan.

Y hay otro elemento más: generalmente, el culto a los héroes los presenta como una especie de superhombres desde su nacimiento (o de villanos de origen, en el caso opuesto), sin fallas, dudas ni errores. Tales personajes no existen. El efecto de la imagen proyectada puede ser de admiración pasiva: no parece posible compararse con actores de tal calidad, ni seguir sus pasos; se induce también la aceptación de un orden ya establecido. Asimismo, es probable que se genere la indiferencia o la burla.

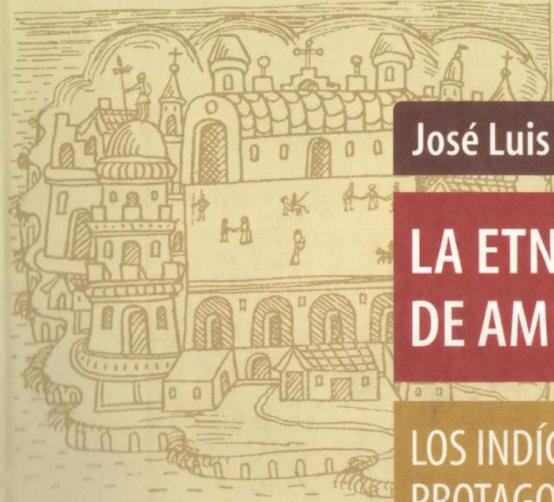
Por último, veamos la relación entre el investigador y el divulgador. Aparentemente, no hay más nexo que el conocimiento que aquél entrega a éste para su manejo. Sin embargo, la ligazón es más estrecha. El investigador, ya lo hemos dicho, tiene que comunicar sus hallazgos, so pena de anular su labor, pero también es conveniente que el divulgador, ya sea maestro, publicista o escritor, tenga

conocimiento de la forma en que se realiza la investigación. De otra manera le será difícil, por no decir imposible, orientarse entre las diferentes exposiciones y concepciones de los investigadores. Sobre todo en una ciencia tan joven como es la historia, entre cuyos adeptos se manifiestan múltiples afirmaciones contradictorias e influencias de todo tipo, es necesario que el expositor tenga conocimiento de los métodos básicos de la especialidad para

CIVDAD
LACIVDADDE TVCV

MAN

obis pa do no Hinc
— Jurisdiction —



José Luis de Rojas

LA ETNOHISTORIA
DE AMÉRICA

LOS INDÍGENAS,
PROTAGONISTAS
DE SU HISTORIA



ETNOHISTORIA AMERICANA

Rojas, José Luis de
La etnohistoria de América : los indígenas, protagonistas de su historia / José Luis de
Rojas ; seleccionado por Guillermo Wilde - 1a ed. - Buenos Aires : SB, 2008.
144 p. ; 16x23 cm. (Paradigma indicial. Historia Americana, dirigida por Guillermo
Wilde)

ISBN 978-987-1256-23-5

1. Etnohistoria. 2. Antropología. I. Wilde, Guillermo, selec. II. Título
CDD 306

Título de la obra: *La etnohistoria de América. Los indígenas, protagonistas de su historia*

© 2008, Editorial SB

ISBN: 978-987-1256-23-5

1° edición, Buenos Aires, febrero de 2008

Autor: José Luis de Rojas

Director editorial: Andrés C. Telesca

Diseño de cubierta e interior: Cecilia Ricci

Director de colección: Guillermo Wilde

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina - Impreso en Argentina - Made in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Talleres Mitre & Salvay, Heredia 2952, Sarandí, Buenos Aires, Argentina

Tirada: 1000 ejemplares

Editorial SB

Yapeyú 283 - C1202ACE - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Tel/Fax: (+54) (11) 4981-1912 y líneas rotativas

E-mail: ventas@editorialsb.com.ar

Empresa asociada a la Cámara Argentina del Libro

Librerías:

Buenos Aires: Yapeyú 283 - C1202ACE

Tel/Fax: (+54) (11) 4981-1912 y líneas rotativas

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1:	
EL LUGAR DE LA ETNOHISTORIA	11
El problema como director	14
El historiador como autor	19
CAPÍTULO 2:	
DEFINICIONES DE ETNOHISTORIA	21
Manera de definir la etnohistoria	22
Evolución de la etnohistoria	32
Emic y etic en etnohistoria	36
Relaciones de la etnohistoria	38
Historia	39
Antropología	41
Lingüística	42
Biología	45
Arqueología	47
CAPÍTULO 3:	
LA DOCUMENTACIÓN	51
Clasificaciones de los documentos	58
Estudio crítico de la documentación	59
Ediciones	64

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto, sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos. Queda por preguntarse si las técnicas de la investigación no son fundamentalmente distintas según se aproxime uno o se aleje del momento presente (Bloch 1988: 41).

Métodos u objetivos como criterios definidores; procedencia y evolución; unidad o variedad; parentescos y diferencias. Éstos son los temas del capítulo siguiente.

CAPÍTULO 2 DEFINICIONES DE ETNOHISTORIA

Las definiciones dependen de los criterios utilizados para su elaboración. Los criterios son elegidos por los definidores, por lo que dadas las distintas procedencias de quienes aceptan ser etiquetados como etnohistoriadores, la gama es muy amplia. La formación, el campo de estudio y los intereses de cada uno se relacionan con la manera de definir su actividad. Si añadimos el factor tiempo, que tanto efecto ha tenido en la evolución de los estudios etnohistóricos, la variedad de las definiciones crece alrededor de dos ejes: disciplinas de procedencia (que en gran parte determinan lo que el investigador acepta como parte de la etnohistoria) y el momento de la definición. Un ejemplo de ello es proporcionado por Barber y Berdan (1998: 6-8) en su análisis de las descripciones de la etnohistoria que ha sido publicado en la revista *Ethnohistory*, hasta llegar al minimalismo de hoy en que la revista es, simplemente, la de la Asociación Americana de Etnohistoria.

Si la etnohistoria es lo que los etnohistoriadores hacen (Barber y Berdan 1998: 13), sería interesante disponer de una muestra de esas actividades que incluyera el "cómo lo hacen", de la manera que Curtis (1986 [1970]) trató de hacer con los historiadores. Ese "taller del etnohistoriador" podría ser muy útil para todos, y en cierta manera este libro procura establecer un aporte personal al mismo. No obstante, es interesante repasar la forma en que se ha tratado de acotar el campo.

La etnohistoria es una disciplina joven e inquieta. Para su formación se ha requerido la ruptura de algunos moldes, lo cual reporta beneficios pero también inconvenientes. Todo depende del lugar que uno quiera ocupar. Si bien es necesario el conocimiento de los procedimientos de investigación y de la técnica del oficio, para que pueda existir progreso es imprescindible la presencia de iniciativas, que solamente pueden proceder de mentes inquietas. Ambas cosas son necesarias: las ideas "brillantes" no sirven de nada sin los conocimientos necesarios para desarrollarlas. De hecho, generalmente los descubrimientos son realizados por quienes buscan algo, uniendo el azar al trabajo. Citemos a un brillante pedagogo del siglo XX, poco conocido en estos ámbitos por no enseñar una disciplina "académica", el ajedrez:

La instrucción resulta indispensable, pero debe impartirse sin detrimento de la personalidad de los muchachos, respetando y fomentando su independencia de juicio (Botvinnik 1984: 25).

El éxito depende de la capacidad de innovar, y ésta descansa en la técnica para desarrollar nuevas ideas, que pueden ser también cuestiones de método. La búsqueda de nuevos caminos, tanto en aspectos concretos como en cuestiones teóricas, es muy importante para todos. El inconformismo bien conducido abre caminos al progreso.

Maneras de definir la etnohistoria

Originalmente, la etnohistoria fue definida como "la historia de los pueblos ágrafos realizada a través de los testimonios legados por otros pueblos". Era la "historia de la gente sin historia", una especie de historia "de segunda mano" que rápidamente sobrepasó los límites de la definición. El mismo carácter ágrafo esgrimido en primer lugar es muy discutible, incluso en la cuna de la Etnohistoria, pues no solamente los indios de las praderas aprendieron a leer y escribir con caracteres latinos, sino que uno de ellos, el cherokee Sequoia, inventó un sistema de escritura a comienzos del siglo XIX, aunque no se generalizó su uso. En Mesoamérica había escritura desde antes de la era cristiana, con inscripciones en cerámica, piedra, madera, hueso y papel, y el hecho de que nosotros no seamos capaces de leerla no los convierte a ellos en ágrafos. Asimismo,

después de la llegada de los españoles, muchos indios aprendieron a leer y a escribir, tanto en castellano como en latín o en lenguas indígenas, mientras continuaron empleando su escritura tradicional. Consecuentemente, si empleamos la etnohistoria para estudiar a estos indígenas y la historia para analizar a sus coterráneos y contemporáneos españoles, esto se debe a otras razones, como tendremos ocasión de comentar.

Esa primera definición que hemos comentado utilizaba como criterios distintivos el sujeto de análisis y las fuentes. Existen otros, pero comenzaremos por una definición "enciclopédica":

Aunque el término "etnohistoria" ha aparecido esporádicamente desde principios del siglo XX, fue utilizado por primera vez de modo sistemático en los años cincuenta por algunos antropólogos, arqueólogos e historiadores norteamericanos para describir sus escritos e investigaciones sobre la historia de los aborígenes del Nuevo Mundo. En años más recientes, la etnohistoria ha pasado a ser el estudio histórico de cualquier pueblo no europeo, y su objeto es reconstruir la historia de los pueblos indígenas, antes y después de su contacto con Europa, mediante la utilización de fuentes arqueológicas, orales y documentales, junto con el sistema conceptual y los modos de conocimiento de la antropología cultural y social (Cohn 1975: 418).

Las últimas líneas son de particular importancia: es el uso de un punto de vista antropológico el que distingue fundamentalmente al etnohistoriador del historiador, y eso se produce porque el sujeto de estas historias es el tradicional de la antropología: los "otros", en forma de pueblos no europeos. Es decir, unos otros espaciales o culturales, no unos otros temporales: los estudios de los pueblos de la antigua Europa en los que se emplea como fuente a César, Estrabón o Columela en sus descripciones de germanos, galos o íberos, no pueden ser catalogados de etnohistoria si seguimos esta definición de manera tajante. Claro que se trata de una definición de compromiso, muy adecuada para el lugar en el que se edita el texto, en la cual incluye el sujeto, el método y la teoría como criterios de la definición, abriendo espacio para casi todos, si no la tomamos en su totalidad. Tampoco se adentra en problemas de convergencia de métodos o disciplinas como los señalados por Carmack (1971: 128-129):

It will be readily recognized that "sociological history" of British social anthropologists is similar to what is called "ethnohistory" in the U.S. In both cases documents are used to write the history of a group, to reconstruct the

culture or social organization of extinct groups, and to test theoretical questions about structure and function.

[Sería fácilmente reconocido que la "historia sociológica" de los antropólogos sociales británicos es similar a lo que es llamado "etnohistoria" en los Estados Unidos. En ambos casos se usan documentos para escribir la historia de un grupo, para reconstruir la cultura o la organización social de grupos extintos, y para verificar cuestiones teóricas sobre estructura y función].¹

La convergencia se extiende a otros campos, como la sociología, la filosofía, la lingüística y la historia, principalmente en la forma que proponían Febvre y Bloch (Krech 1991: 349; Carrasco 1987c: 16), o los historiadores de la literatura. Una muestra es la contraportada de la traducción española de Bajtin (1987):

... un estudio en torno a la cultura cómica popular, entreverada a lo largo de la antigüedad con la cultura oficial y constituida durante la Edad Media en ámbito plenamente autónomo que niega y parodia, desde planteamientos simétricos y antagónicos, todos los aspectos y manifestaciones de la fe, la ideología, las costumbres, el saber y los mitos de la sociedad feudal.

Con estos planteamientos, podría tratarse de antropología o de etnohistoria, salvando el carácter de "nosotros" que tienen los habitantes de la Europa Medieval. Pero se trata de un estudio basado en la lectura de Rabelais, por lo que es objeto de otro campo.

Tenemos ya, pues, dos elementos fundamentales de la etnohistoria: el uso de la teoría antropológica y el tener como objeto de estudio a pueblos "bárbaros" en el sentido griego clásico. Sturtevant (1966: 6) resumió las definiciones existentes entonces afirmando que la etnohistoria se puede expresar como "el estudio de la historia de los pueblos normalmente estudiados por los antropólogos", lo cual es una forma de resumir sin aclarar nada.

Euler, citando un manuscrito de Dobyns que él poseía, la define así:

"Ethnohistory", Dobyns said, "is (or should be): *An advancement of the understanding of culture or cultural process by analysis of human group behavior through time using protocols of an historic nature, preferably analyzed for*

1. Excepto que se exprese lo contrario, las traducciones son obra del autor de este libro.

purposes other than those originally intended by the authors, and in categories based upon modern ethnographic field investigations" (Subrayado del autor) (Euler 1972: 201).

["La Etnohistoria", dijo Dobyns, "es (o debería ser): *un avance del conocimiento de la cultura o el proceso cultural mediante el análisis de un grupo humano a través del tiempo utilizando protocolos de naturaleza histórica, preferentemente analizados para propósitos distintos de los originalmente pretendidos por los autores, y con categorías basadas en la modernas investigaciones de campo etnográficas*].

El uso de la documentación para propósitos distintos de los que tenían los autores es una constante, principalmente en el caso de los documentos administrativos, como tendremos ocasión de comprobar, y afecta también en gran medida a los historiadores. Euler manifiesta a continuación que la etnohistoria es una subdisciplina de la antropología cultural (Euler 1972: 202), y Sanchíz (1988: 3319), destaca la conjunción de la antropología con los documentos escritos:

Método de la Antropología Cultural que se aplica al estudio de sociedades del pasado, constituyendo los documentos escritos su principal fuente de información.

Axtell (1979: 2) trata de poner de acuerdo a historiadores y antropólogos en la definición, y afirma que ambos grupos deben aceptar sin dificultad que:

... ethnohistory is essentially the use of historical and anthropological methods and materials to gain knowledge of the nature and causes of change in a culture defined by ethnological concepts and categories.

[... la etnohistoria es esencialmente el uso de métodos y materiales históricos y etnológicos para obtener conocimiento de la naturaleza y causas del cambio en una cultura definida por conceptos y categorías etnológicas].

Aparece aquí otro de los puntos más utilizados en las definiciones: el proceso de cambio. Parece indicar que los etnógrafos sólo realizan estudios sincrónicos, por lo que es preciso una nueva disciplina. La novedad de Axtell es llamar etnohistoria a la etnología histórica o simplemente diacrónica, y colocar a los pueblos indígenas americanos y africanos, antes y después de la llegada de los europeos, bajo la órbita de la etnohistoria.

Concretamente, sobre la etnohistoria de América contamos con un interesante análisis de Alfredo Jiménez:

Precisamente quiero subrayar aquí la contribución del método etnohistórico a esta tarea común de reconstruir e interpretar el proceso total del desarrollo cultural de América. Así como la arqueología es el método fundamental para el largo período prehispánico, y la etnología, entendida en sentido estricto y más tradicional, es la fuente básica para el conocimiento de las actuales culturas indígenas de América, la etnohistoria es el método más importante para los siglos que van desde el contacto con las culturas europeas hasta el presente. En algunas áreas es posible penetrar con este método en los momentos más tardíos del período prehispánico, aunque opino que el verdadero método etnohistórico requiere mucho más que la simple existencia de unos cuantos textos indígenas de difícil cuando no dudosa interpretación (Jiménez 1972: 167).

Establece un reparto demasiado drástico de las disciplinas, pues el etnohistoriador debe estar atento a los aportes de otros métodos y utilizarlos. Está pensando fundamentalmente en el indio como sujeto y en las fuentes como medio de conocimiento, aunque creemos que la última frase no afecta al método etnohistórico, sino a la cuantía y a la calidad de la documentación disponible, como veremos más adelante. Pero el problema de los textos indígenas presente en la cita es básico entre los etnohistoriadores de América. Dependiendo del área y la época elegida, tendremos textos en lenguas indígenas, en castellano o en inglés, escasos o abundantes, comprensibles o incomprensibles para nosotros. El siglo XVI novohispano está plagado de documentos en lenguas indígenas, principalmente en nahuatl, que incluye crónicas, cartas, testamentos, actas de cabildo, etc. En ellos se refleja en gran medida el mundo indígena, mucho menos cambiado cuanto más temprana sea la fecha en que fue redactado el documento y cuanto más alejados estén de los centros españoles de poder. De hecho, uno de los puntales de la renovación de la etnohistoria del Centro de México que propone James Lockhart (1992) es la utilización de documentación indígena en lenguas indígenas, y una de sus críticas fundamentales a las obras anteriores, principalmente a Charles Gibson (1978 [1964]), es la dependencia de su visión a la percepción de los españoles, pues su documentación fue fundamentalmente española (Lockhart 1991). Se trata de una vuelta de tuerca a la etnohistoria, que abandona donde puede la visión del "otro" para convertirlo en "propio", en un paso al otro lado del espejo que convierte a la etnohistoria en historia indígena si atendemos al criterio diferenciador de la condición de las fuentes (Rojas 1994).

Relacionada con esta reflexión encontramos la condición emic o etic de los documentos que Sanchiz (1988: 333-334) plantea. Dada la documentación que acepta para la etnohistoria, fundamentalmente la de archivo, la mayoría de la información será emic, pues el etnohistoriador, a diferencia del antropólogo de campo, no puede formarse una idea etic de los acontecimientos, porque no puede observarlos directamente.

Millones (1987: 255-56) propone una idea distinta del ámbito temporal de la aplicación de la etnohistoria:

¿Cuáles son los límites de la disciplina? Por lo pronto hay uno más o menos fácil de determinar, me refiero al ámbito cronológico. En el caso andino, la eficacia de la etnohistoria es notoria para el período que va desde el surgimiento del Tawantinsuyu hasta la reordenación colonial que llevará a cabo el virrey Toledo. Los testimonios escritos todavía conservan la voz de ancianos que alcanzaron a conocer a Guaina Capac y las estructuras *inkaikas*, que poco a poco se reconstruyen y permiten, cada vez más, inferir sus orígenes desde cuando era una confederación tribal o un pequeño reino cuzqueño. Más atrás, el apoyo de la arqueología se transforma de necesario en dominante, y el valor de los documentos se reduce a la mención de restos monumentales o toponimias. Hacia adelante los límites son más difusos. Realmente la necesidad de interpretar los documentos desde una perspectiva etnológica no desaparece hasta la época presente, pero la multitud de materiales escritos por españoles, indígenas aculturados y viajeros extranjeros permite el trabajo de las herramientas históricas convencionales.

Una mirada a la producción etnohistórica sobre el Perú mostraría la falta de acuerdo de los investigadores sobre este punto de vista o las diferencias en las interpretaciones respecto de lo que se entiende por etnohistoria, pues la mayoría de esa producción podría asimilarse a la visión de Millones si cuando hacemos etnohistoria hacemos sólo historia, una manera de historia o algo más.

Otro historiador dedicado a Guatemala, Robert Carmack, fue muy explícito en su definición de etnohistoria:

Ethnohistory is a special set of techniques and methods for studying culture through the use of written and oral traditions. As methodology it is complementary not only to archaeology, but also to historical linguistics, ethnography and paleobiology (Carmack 1972: 232).

[La etnohistoria es un conjunto especial de técnicas y métodos para el estudio de la cultura mediante tradiciones escritas y orales. Como metodología es complementaria no sólo de la arqueología, sino también de la lingüística histórica, la etnografía y la paleobiología].

Aunque elige las disciplinas complementarias guiado por sus propios intereses, Carmack nos revela una cuestión importante: la Etnohistoria no es un método exclusivo, sino que puede trabajar en conjunción con otros. Debe hacerlo, de acuerdo con otras visiones para las cuales la interdisciplinariedad es necesaria y una de las características de la etnohistoria (Pease 1987b).

Barber y Berdan (1998: 12) también dan una definición, tras discutir los criterios empleados en otras y sopesar la evolución de la disciplina:

Ethnohistory is a interdisciplinary field that studies past human behavior and is characterized by a primary reliance on documents, the use of input from other sources when available, a methodology that incorporates historiography and cultural relativism, and a focus on cultural interaction.

[La etnohistoria es un campo interdisciplinario que estudia el comportamiento humano en el pasado y está caracterizada por depender en primer lugar de documentos, por el uso de datos de otras fuentes cuando las hay disponibles, y por una metodología que incorpora la historiografía y el relativismo cultural y hace énfasis en la interacción cultural].

El tratar sobre culturas en contacto es, para los autores, uno de los puntos específicos de la etnohistoria en la actualidad.

Existen otros puntos de vista:

Como ocurrió con otros intentos similares de fundamentación de nuevas disciplinas, en realidad la independencia de la etnohistoria se explica por la emergencia de proyectos gremiales, académicos y políticos, a veces opuestos y aun en pugna. Es decir, la fundamentación teórica de la autonomía de la Etnohistoria ha respondido a la necesidad de racionalizar situaciones de hecho, justificando –de esta manera– el agrupamiento y las actividades concretas de personas, grupos e instituciones (García Mora 1987: 73).

En realidad, García Mora postula la unidad de la antropología y la necesidad de integrar a ella la etnohistoria, sin escindirla (García Mora 1987: 72-73). De todos modos, el proceso descrito por el autor por el cual las nuevas disciplinas se abren camino –aunque ésta sea más reciente– nos resulta normal. En el mundo de la especialización, los métodos y las técnicas adquieren protagonismo, y si hay que protestar, también habría que hacerlo contra la independencia de la arqueología, las subdivisiones de la geografía, la ciencia política, las ciencias naturales, etc. Aunque la especialización temprana tiene importantes consecuencias y la formación uni-

versitaria debería comenzar por lo general, la investigación es, en definitiva, especializada. Creemos que si la introducción de la etnohistoria ha causado que los indígenas americanos, sobre todo los de época colonial, recibieran mucha más atención, ha de ser bienvenida. Y esperamos que la innovación llegue un día a la Academia de la Lengua, y encontremos el término en los diccionarios (quizás cuando seamos capaces de consensuar una definición).

Resumiendo este breve repaso, la etnohistoria se encuentra entre la historia –de la que toma el uso y análisis de los documentos escritos– y la Antropología –de donde obtiene los conceptos–. Esta sería una visión simplista, pues la etnohistoria, como señala Millones (1987), se ha complejizado, incorporando elementos de distintas ciencias de acuerdo con las necesidades e intereses de cada uno. Cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México celebró con un congreso los diez años de existencia de su Departamento de Etnohistoria, se intentó consensuar qué era la etnohistoria, pero los pobres resultados condujeron a una de las ponentes a titular el comentario general que cerró en congreso: “La etnohistoria: de que la hay, la hay” (Böhm 1988). Algo hay de esa política de hechos consumados. Son muy escasos los lugares donde se estudia una licenciatura o especialidad en etnohistoria. Casi siempre provienen –provenimos– de carreras de historia o antropología, y deben esforzarse para completar su formación. Consecuentemente, existen muchos componentes autodidactas, que pueden relacionarse con su apertura de miras: se atiende a los requerimientos de las investigaciones y se acude a los métodos necesarios para resolver los problemas. De esta forma, la etnohistoria va más allá de la historia y de la antropología, o mejor dicho, se relaciona con más disciplinas. Como escribió Carrasco:

... no vemos a la etnohistoria como una disciplina aparte con una base teórica independiente, sino como una técnica de obtener datos; o sea, es un estudio que se realiza a base de documentación histórica por el mero hecho de que tratamos con sociedades del pasado que no se pueden observar directamente. Se hace etnohistoria porque la naturaleza de las fuentes de información (documentos escritos) así lo exige, en contraste con el trabajo de campo que se hace en sociedades vivas o a la arqueología que estudia los restos materiales de sociedades extinguidas. Pero los datos de la etnohistoria se estudian a la luz de los planteamientos generales de las ciencias sociales y con vistas a resolver cuestiones suscitadas por esos mismos enfoques teóricos generales (Carrasco 1987a: 23).

Esta definición por comparación ha sido una de mis favoritas en los últimos años –y lo sigue siendo hoy–. En ella, Carrasco establece distintos niveles de documentación, a cada uno de los cuales se aplica una técnica diferente para obtener datos. El nivel superior, común para todos, es el explicativo, y corresponde a “las ciencias sociales”, sin especificar cuáles. De esta forma resuelve, entre otras cosas, lo que para otros es interdisciplinaridad o multidisciplinaridad cuando distintos tipos de documentación están disponibles, y propone disminuir el “métodocentrismo” de los investigadores: arqueología, etnohistoria y etnología se encuentran a un mismo nivel, el de recogida y proceso de datos, y todas ellas se unen en el nivel superior de explicación, que otros preferirán llamar antropología cultural o historia, dependiendo de sus afinidades. De este modo, no se trata de ser un etnohistoriador que en ocasiones realiza algo de arqueología (o utiliza datos procedentes de ella) o un arqueólogo que lee documentos, sino investigadores que aprovechan cuantos recursos están disponibles para su proyecto. En la cita de Carrasco falta la lingüística, de la que nos ocuparemos más adelante.

Esta idea de Carrasco no sólo ha incidido en mí y en algunos de mis alumnos:

Se hacía necesario recuperar un sentido más global de la antropología (más allá de su especificidad técnica), restituyéndola su lugar y particularidad como campo conceptual en una más abarcativa “teoría social”, en donde tienen espacio también otras disciplinas sociales y humanísticas. En definitiva, y más allá de sus énfasis heurísticos, todas estas disciplinas se fundan en las mismas preguntas elementales respecto de un objeto común: las sociedades humanas (Lorandi y Wilde 2000: 45).

Es en este contexto de amalgama de disciplinas donde se enmarca la definición de etnohistoria de estos autores:

Este contexto histórico alentó a las autoras [Lorandi y del Río] a intentar una primera definición muy global de la “etnohistoria o antropología histórica” como una confluencia interdisciplinaria que “se ocupa del otro social, desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo” ([Lorandi y del Río] 1992: 10). En el análisis subsiguiente se hacía un repaso de las nuevas aperturas teóricas, temáticas y metodológicas, sintetizadas al final del capítulo, enfatizando el hecho de que la incorporación de nuevas disciplinas ampliaba el abanico temático de la antropología histórica, de modo tal que ya no podía concentrarse exclusivamente en los estudios étnicos (1992: 38 y ss.) (Lorandi y Wilde 2000: 44-45).

Otra mención importante en la cita de Carrasco es la de la relevancia de las cuestiones analizadas. El objetivo de las investigaciones es contestar preguntas que, junto con las respuestas, se relacionan con el conjunto de la ciencia. Barber y Berdan (1998: 279-292) dedicaron el capítulo 12 de su libro precisamente a estos temas. Volvemos sobre estos asuntos en el capítulo destinado a la documentación.

El repaso de las definiciones revela claramente que cada cual barre para casa o, dicho de forma castiza, “arrima el ascua a su sardina”. Es decir, las definiciones se adaptan a lo que cada uno realiza, a su visión del oficio. Otra vez la etnohistoria es lo que los etnohistoriadores hacen.

Es preciso reflexionar sobre las necesidades del investigador y juzgar qué es más importante: el sujeto o el método. Ambos han sido utilizados para las definiciones, y en todos los casos se plantea el problema de la especificidad: ¿hacemos algo especial por tratar de indígenas americanos o es especial por la forma en que lo hacemos? ¿Son las preguntas que formulamos las que caracterizan la etnohistoria o la manera en que las respondemos? ¿Se trata del conjunto, de la suma de esos factores o parte de ellos? Las respuestas a estas preguntas dependen, como ya hemos señalado, de las características e intereses de cada investigador.

Muchas veces un aspecto conduce a otro, el objeto de estudio y las preguntas obligan a buscar los caminos, sean nuevos o conocidos:

En efecto, se trataba de recuperar la historicidad de pueblos indígenas sometidos, olvidados tras el empuje de la occidentalización o arrinconados por el proceso de avance del capitalismo; aquellos “pueblos sin historia” sobre los que trabajó E. Wolf en un contexto sociohistórico muy amplio, o “los vencidos” de N. Wachtel, para los casos andino y mesoamericano.

Sin embargo, esta suerte de “rescate”, muchas veces de fuerte contenido reivindicatorio, no podía llevarse adelante solamente empleando las herramientas clásicas del quehacer historiográfico. [...] Y es dentro de este carácter de disciplina de síntesis desde donde la etnohistoria construyó su propia especificidad, sofisticando y enriqueciendo la metodología de análisis de fuentes a través de una práctica que combinaba perspectivas, modelos, técnicas e información de la arqueología, la antropología y la historia (Boixadós 2000: 133-134).

La disciplina habría nacido, entonces, de la necesidad planteada por el objeto de estudio como forma de aglutinar las diferentes disciplinas que los investigadores utilizan y disponer de una “etiqueta indentificativa”.

Para nosotros, lo más importante es el problema que se quiere analizar, que determina qué preguntas debemos hacer y a qué documentación podemos recurrir. En función de estas últimas se determina el método o métodos que se han de utilizar o, en algunos casos, idear. Los métodos están al servicio de las investigaciones y no a la inversa. Personalmente, cuando se me ha preguntado qué soy, he preferido responder “un estudioso del mundo indígena americano, sobre todo de México”, más que un etnohistoriador, aunque la mayoría de mi trabajo pueda ser incluido en esa disciplina. Evidentemente, esta visión determina mi postura ante las definiciones, la documentación y la metodología; también tengo sardina a la que arrimar el ascua.

Evolución de la etnohistoria

La palabra “etnohistoria” apareció por primera vez en forma separada, “ethno historical”, en una obra de Clark Wissler (1909: 13; en Barber y Berdan 1998: 24), para aludir a los documentos que se referían al pasado indígena. Posteriormente, en los años cuarenta, fueron unidas por un guión (ethno-history), y en los años cincuenta pasó a la forma más usual desde entonces, como una única palabra.

El origen de los estudios etnohistóricos definidos como tales —pues se han realizado estudios similares desde mucho tiempo antes— se sitúa en la promulgación por parte del Congreso de los Estados Unidos de la *Indian Claim Act* (Ley de reclamaciones indígenas) en 1946, que permitía a los indios reclamar compensaciones por las tierras de las que habían sido despojados sin que mediara un tratado, tanto en contra de los existentes como por las tierras cedidas a los Estados Unidos sin compensaciones adecuadas. Estos reclamos requirieron estudios que demostraran la existencia de los tratados y el conocimiento de sus estipulaciones, así como la identificación de las antiguas localidades y de las tierras exigidas. Grandes sumas de dinero estaban involucradas en esta tarea, y muchos antropólogos comenzaron a realizar los necesarios estudios diacrónicos. De este modo, la etnohistoria comenzó su tarea independiente.

Junto con ella apareció la institucionalización: en 1954 se fundó la *American Indian Ethnohistoric Conference* (Conferencia de Etnohistoria de los Indios Americanos) y comenzó la publicación de la revista *Ethno-*

history. La dedicación a los indios de los Estados Unidos era casi exclusiva, y sólo en 1966 se comenzaron a estudiar otros pueblos que podían recibir la calificación de etnohistóricos. En ese año se cambió el nombre por el de *American Society for Ethnohistory* (Sociedad Americana de Etnohistoria), y la revista oficial abrió sus páginas a trabajos referentes a todo el mundo, entre los que se destacan los realizados sobre América Latina y África. Esta última propició el reconocimiento de las tradiciones orales como fuente de la etnohistoria en 1964 (ver Vansina 1968).

El reconocimiento “oficial” por parte de la comunidad de historiadores se produjo en 1957, mediante la incorporación del término en *The Hispanic American Historical Review* por Howard F. Cline.

Al comienzo, la mayoría de los etnohistoriadores procedía de la antropología, pero progresivamente fueron apareciendo más historiadores, cuya presencia no sólo ha incidido en los temas estudiados, sino también en la ubicación de las referencias en manuales, revistas y enciclopedias. El artículo de Cohn (1975) aparece como una subdivisión de “Historia”, la III. En el *Handbook of Latin American Studies*, de 1964 a 1972, las referencias a trabajos de etnohistoria estaban en la sección de antropología, coordinadas por Henri Nicholson. Entre 1972 y 1990 pasaron a la sección de historia, bajo la dirección de Edward Calnek (1972-1984) y Sarah L. Cline (1984-1990), donde aún se encuentran.

Trigger (1982: 2) ahonda en las relaciones entre la historia, la antropología y la etnohistoria:

... it was queried whether ethnohistory was related more closely to anthropology or to history or was a sort of bridge or no-man's land between these two disciplines. It was also discussed whether the ethnographic reconstruction of early historic cultures, or what has been called historical ethnography, and the study of native culture change since the time of European contact constituted two distinct branches of ethnohistory, as most ethnohistorian accepted, or only the latter activity could be regarded as ethnohistory in the strict sense. None of these problems has ever been definitely resolved. There merely seems to be a tacit agreement that ethnohistory uses documentary evidence and oral traditions to study changes in non-literate societies from about the time of earliest European contact.

[... se cuestionaba si la etnohistoria estaba relacionada más próximamente con la antropología o con la historia, o si era una especie de puente o tierra de nadie entre estas dos disciplinas. Se discutía también si la reconstrucción etnográfica de culturas históricas tempranas, o lo que ha sido llamado etnografía histórica, y el estudio del cambio cultural nativo desde el momento del contacto con los

Europeos constituyan dos ramas distintas de la etnohistoria, como la mayor parte de los etnohistoriadores acepta, o si sólo la última actividad puede ser contemplada como etnohistoria en un sentido estricto. Ninguno de estos problemas ha sido nunca definitivamente resuelto. Simplemente parece que hay un acuerdo tácito en que el etnohistoriador usa evidencia documental y tradiciones orales para estudiar los cambios en sociedades no-letradas desde más o menos el tiempo de los primeros contactos con los europeos].

Debido a esta "descendencia" de la historia y la antropología, la etnohistoria ha sido influida por los desarrollos de ambas. Asimismo, los ensayos de historias globales aúnan muchos temas y documentación distinta y, por lo tanto, muchas disciplinas. Un ejemplo de esto es el libro de Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, publicado en inglés en 1982 y traducido al castellano en 1987. En él, Wolf trata de hacer "historia global", considerando las relaciones de las diferentes partes del mundo en diferentes épocas. En el Prefacio escribió:

En 1968 escribí diciendo que la antropología necesitaba descubrir a la historia, a una historia que pudiera explicar las formas en que el sistema social del mundo moderno llegó a ser lo que es, y que se esforzara por atribuir un sentido analítico a todas las sociedades, inclusive a la nuestra (...).

Desde un principio comprendí que esta historia analítica no podía surgir del estudio de una sola cultura o nación, ni de una sola área cultural, y ni siquiera del estudio de un continente en un cierto período de tiempo. Era necesario regresar a los criterios de una antropología más antigua y recobrar la inspiración que guió a antropólogos tales como Alfred Kroeber y Ralph Linton que tanto se esforzaron por crear una historia universal de la cultura. Cayeron en la cuenta de algo que al parecer nosotros hemos olvidado, a saber, que las poblaciones humanas edifican sus culturas no en aislamiento, sino mediante una interacción recíproca (Wolf 1987: 9).

Como hemos observado en la definición de Barber y Berdan, nuevamente surge la interacción, las culturas en contacto. Desde ese punto de vista, la etnohistoria —o una parte de lo que se realiza bajo ese nombre— parece confundirse con aquella antropología con perspectiva histórica que Wolf reclamaba. Muchas veces olvidamos esas interacciones o nos interesamos sólo por una de las partes. Uno de los peligros que corre la etnohistoria muy identificada con la "historia de los otros" es, precisamente, eliminar una de las partes en contacto. De hecho, la mayoría de la historia de los aztecas omite o minimiza a los otros pueblos que entraron en contacto con ellos, proporcionando una visión sesgada de los aconteci-

mientos. Asimismo, muchos estudios coloniales realizados por etnohistoriadores se refieren sólo a los indios, eludiendo la presencia de los españoles. Por el contrario, muchos estudios de la misma época realizados por historiadores tratan de españoles, y sólo cuando no queda más remedio, de los indios. No podemos estudiar la América colonial centrándonos solamente en los españoles (o europeos) o en los indios, pues todos se hallaban sometidos a la misma legislación (aunque hubiera leyes específicas para unos y otros) y a las mismas autoridades. Una de las paradojas producidas por este comportamiento ha sido la disolución de familias. Una de las formas más impactantes de presentar ese problema, que llevo muchos años practicando en mis clases y conferencias, es utilizar la teoría de conjuntos: por un lado, encontramos el conjunto "españoles", normalmente estudiado por un conjunto "historiadores"; por el otro, existe un conjunto "indios", normalmente estudiado por el conjunto "etnohistoriadores" y, finalmente, un conjunto "mestizos" estudiado ocasionalmente (casi podríamos decir por el conjunto "Magnus Mörner"). Parece todo claro, hasta que casamos a un español con una india (o viceversa) y tienen hijos que son mestizos, con lo que conseguimos el conjunto "familia". Este procedimiento se reproduce en cada generación, creando un abanico de grupos étnicos dentro de cada familia. No resulta lógico que unos dediquen sus esfuerzos sólo al padre, otros a la madre y casi nadie a los hijos. Debemos trabajar unidos y ser capaces de distinguir cuáles son los conjuntos más significativos que deben convertirse en las unidades de análisis preferentes. Algo de eso es lo que afirma Wolf (1987: 33-34):

Quizá a la "etnohistoria" se le dio este nombre para separarla de la historia "verdadera", que es el estudio de los supuestamente civilizados. Sin embargo, del estudio de la etnohistoria se saca en claro que las materias de los dos tipos de historia son las mismas. Mientras más etnohistoria sabemos, más claramente emergen "su" historia y "nuestra" historia, como parte de la misma historia. Así pues, no puede haber "historia negra" aparte de la "historia blanca", sino solamente un componente de una historia común, suprimido u omitido en los estudios convencionales por razones económicas, políticas e ideológicas.

De la misma manera, en la América Colonial no puede haber "historia india" escindida de la "historia española o europea", pues son partes necesariamente articuladas de la misma historia.

¿Qué hemos de hacer? Ha habido voces comprometidas con la etnohistoria como la de Bruce Trigger, quien ha sido presidente de la Aso-

ciación Americana de Etnohistoria y ha propuesto reemplazar el término –considerado etnocéntrico– por el de “Historia Indígena” (Trigger 1978: 19). Creemos que esto también es etnocéntrico y que no pueden hacerse historias separadas en sociedades mezcladas. No se arreglan los extremismos yendo al otro extremo. Parte del problema se ha solucionado modificando las definiciones de etnohistoria y enfatizando la metodología y los problemas estudiados más que los sujetos de análisis. En esa línea, como ya hemos manifestado, nos adherimos a la postura de Carrasco: todos hacemos ciencia social utilizando múltiples técnicas y documentos, una de las cuales es la etnohistoria.

Emic y etic en etnohistoria

Relacionado con las visiones occidentales y las de los otros, es necesario hablar de emic y etic, pues estas posturas se vinculan con las preguntas formuladas por los investigadores y con la interpretación de la documentación, principalmente de aquella que era considerada la “auténtica” en las primeras definiciones de la etnohistoria: los relatos de otras culturas producidos por los occidentales.

Harris (1978: 491-523) presenta una discusión bastante extensa de este asunto. Define emic de la siguiente forma:

Las proposiciones emic se refieren a sistemas lógico-empíricos cuyas distinciones fenoménicas o “cosas” están hechas de contrastes y discriminaciones que los actores mismos consideran significativas, con sentido, reales, verdaderas o de algún otro modo apropiadas (Harris 1978: 493).

Más adelante añade:

... siempre que los fenómenos de que nos ocupemos sean parte de un sistema de comunicación y siempre que nuestro programa de investigación exija que descifremos el código que emplean los comunicantes nativos, entonces ese programa adopta la estrategia de los estudios emic (Harris 1978: 495).

Por el contrario, etic es prácticamente lo opuesto:

Las proposiciones etic dependen de distinciones fenoménicas consideradas adecuadas por la comunidad de los observadores científicos. Las proposicio-

nes etic no pueden ser falseadas por no ajustarse a las ideas de los autores sobre lo que es significativo, real, tiene sentido o resulta apropiado. Las proposiciones etic quedan verificadas cuando varios observadores independientes, usando operaciones similares, están de acuerdo en que un acontecimiento dado ha ocurrido (Harris 1978: 497).

Algunas corrientes antropológicas destacan alguna de las dos visiones. El estructuralismo es fundamentalmente etic. Las estructuras son de tectadas y analizadas por el observador.

Un ejemplo de la contradicción entre el observador y la cultura que estudia es el de la atribución de la paternidad en las islas Trobriand: a ningún isleño le extrañaba que su mujer hubiera tenido hijos mientras él estaba ausente en una expedición kula –que podía durar varios años– pues no relacionaban la procreación con el acto sexual, sino que creían que su procedencia era sobrenatural. Malinowski (1971: 162-179) hizo grandes esfuerzos para explicarse y explicarnos las causas de ese proceder y para determinar si los isleños ignoraban los hechos físicos o era una convención social. Lo cierto es que para los trobriandeses, los hijos que tuviera una mujer eran siempre considerados del marido, y dado que aquéllos constituían una riqueza, el padre biológico sólo contribuía a enriquecer a otro gratuitamente.

Otro ejemplo que puede relacionarse con éste, dado la importancia que nuestra cultura otorga al papel del padre y al concepto mediterráneo del honor –que no es universal– procede de África:

En el Sudán del África oriental, los hombres muertos se casan y las mujeres estériles son padres. Para los nuer, una mujer que no tiene hijos es como un hombre. Si puede acumular ganado mediante el cobro del precio de la novia y el comercio de la magia, se casa con una o varias mujeres a través de ritos matrimoniales establecidos. Sus esposas son preñadas por un pariente, un amigo, un vecino o a veces un miembro de una tribu subordinada (dinka). Pero el padre biológico es simplemente el *genitor* de sus hijos, la propia mujer es el padre auténtico o legal (*pater*), igual que ella es el marido legal de sus madres (...).

Por lo que se refiere al matrimonio con un espíritu (véase p. 33) establece una familia legal que consta del espíritu, en cuyo nombre se efectúan las ceremonias del matrimonio, junto con sus mujeres, hijos y el *genitor* de los hijos, por lo general un hermano o un compañero de linaje cercano al muerto. Se podría decir que la práctica en sí no viola la selección por parentesco, ya que simplemente conlleva la sustitución social de un pariente (pretendidamente) genético (Sahlins 1982: 51-52).

En vano se buscará información sobre este proceder en el estudio clásico de Evans-Pritchard sobre los *nuer* (1940). Consecuentemente, existe una contradicción entre fuentes (o entre autores) que será preciso resolver, como comentaremos en el capítulo dedicado a los métodos.

El problema de adoptar una postura *emic* o *etic* es común a todos los campos de la antropología. Como hemos observado en el repaso de las definiciones, en la propia esencia inicial de la etnohistoria se encuentra un componente de "otredad" que, en origen, se sitúa en las fuentes. Destacamos "en origen", pues con la ampliación del ámbito de actuación de la etnohistoria, contamos con documentos generados en las culturas que estudiamos, procedentes de momentos con un estado relativamente avanzado de aculturación. Nos encontramos ante una decisión personal, pero en los estudios de los últimos tiempos prehispánicos y de los primeros años tras la conquista española hay una clara tendencia hacia lo *emic*. Tratamos de entender las culturas en sus propios términos, eludiendo traducciones y tratando de establecer definiciones. Esto obliga a reinterpretar la documentación, procurando extraer el componente *emic* de descripciones *etic* (ver Boixadós 2000: 143-144). Queremos saber qué era un *tlahtoani* sin llamarlo rey, emperador, cacique o señor natural. En esto reside la importancia del componente lingüístico, pues la cultura se expresa en sus propios términos.

Relaciones de la etnohistoria

Han aparecido ya en estas páginas otras disciplinas y la interdisciplinariedad como característica de la etnohistoria. Un repaso sobre el aporte de algunas de ellas aparece en Sturtevant (1966). Hemos escogido las palabras de Böhm –quien se define como etnohistoriadora que estudia principalmente la agricultura– como ejemplo de lo que nos sucede muchas veces a los etnohistoriadores:

Para ello he tenido que aprender de agronomía, botánica, zoología, geografía, climatología, edafología, ecología, hidrología, etc. No pretendo, por ejemplo, ser agrónoma: sin embargo he podido resolverle algún problema a los agrónomos (Böhm 1988: 253).

Los temas elegidos determinan los conocimientos que debemos adquirir para realizar las investigaciones y que condicionarán el tipo de

materiales que utilizaremos. Ambos asuntos corresponden a los capítulos siguientes.

A continuación, sin intención de agotar el tema, proporcionaremos algunas directrices sobre cómo se ha vinculado la etnohistoria con las dos disciplinas principales de las que parece descender y con algunas otras con las que tiene una relación bastante estrecha, fundamentalmente la lingüística.

Historia

Durante siglos, la historia se ha basado en un considerable apego textual a los documentos escritos que ha mediatizado mucho su discurso. El historiador estudiaba los problemas que sus documentos trataban (ver Curtis 1986), por lo que la apertura de las fuentes utilizadas por el historiador ha posibilitado una apertura paralela de sus puntos de interés. En la actualidad, junto con los libros y los manuscritos, los historiadores y los etnohistoriadores aceptan como documentos o "materiales para el análisis histórico" mapas, música, pinturas, fotografías, folklore, tradiciones orales, ecología, exploración de sitios, objetos arqueológicos, colecciones de museos, lenguaje y topónimos (Axtell 1979: 3-4). También se ocupan de problemas que antes eran considerados tabú. Desde este punto de vista, que describe un modo de hacer historia muy cercano a los *Annales*, la convergencia entre la etnohistoria y la historia es enorme.

Trigger (1982: 9) insiste en que la diferencia entre historiadores y etnohistoriadores radica en el método. Afirma que

Studying the history of non-literate peoples relying mainly upon written materials produced by an alien creature is different from writing the history of a literate people who have abundantly documented their own activities (Trigger 1982: 9).

[Estudiar la historia de gentes no-letradas basándose principalmente sobre materiales escritos producidos por una criatura ajena es diferente de escribir la historia de gente letrada que ha documentado abundantemente sus propias actividades].

Algo hemos comentado ya del carácter no letrado de algunas sociedades, y ahora es preciso indicar que "ajeno" puede referirse a algo de la propia sociedad, pues ni todo el mundo era letrado ni distintos sectores de la sociedad occidental se identificaban entre ellos. Asimismo, el momento del contacto con los europeos supone un punto de partida a

partir del cual comienzan dos procesos paralelos que han cuestionado esas primeras definiciones de Etnohistoria: la gente (o una parte) se vuelve letrada, las mezclas van difuminando los conceptos de propio y ajeno, y lo que en un principio eran dos culturas dan paso, al menos, al resultado de la mezcla como un ingrediente más.

Quizás esta multiplicidad de culturas es lo que haya permitido que los historiadores que debían estudiar más de un área cultural se acercaran a la etnohistoria. En efecto, Barber y Berdan han considerado el estudio de pueblos en contacto cultural como un rasgo distintivo de la etnohistoria, como ya hemos comentado. Axtell nos proporciona un ejemplo de estas aproximaciones:

But many, perhaps most, of the historians who have taken to ethnohistory in recent years have come from the study of frontiers, in which a two-culture focus is a necessity as well as a virtue. It is there, -in the reciprocal relationship between two or more cultures in contact- that historians have found the greatest utility and most distinctive contribution of ethnohistory. (Axtell 1979: 2-3)

[Pero muchos, quizás la mayoría, de los historiadores que han adoptado la etnohistoria en años recientes proceden del estudio de fronteras, en el cual un foco de dos culturas es una necesidad tanto como una virtud. Es ahí, -en la relación recíproca entre dos o más culturas en contacto- donde los historiadores han encontrado la mayor utilidad y la contribución más distintiva de la etnohistoria].

Uno de los puntos de contacto se dirige a la esencia misma del que-hacer histórico: la documentación. Es aquí donde los historiadores han realizado la crítica más severa a los etnohistoriadores, principalmente a los de procedencia antropológica, a quienes acusan de no ser suficientemente cuidadosos en el tratamiento de sus materiales. Sturtevant es un buen ejemplo de ello:

Anthropological ethnohistorians are still too prone to use printed sources uncritically, without comparing editions and searching for the manuscripts which may lie behind them. Historians have long emphasized the necessity to search for all available records, and have particularly valued the primary sources, the written materials which lie closest to the original eyewitness observations. Ethnologists can learn for this (Sturtevant 1966: 17).

[Los etnohistoriadores "antropológicos" son todavía proclives a utilizar las fuentes impresas sin crítica, sin comparar ediciones ni buscar los manuscritos que deben estar tras ellas. Los historiadores han enfatizado mucho la necesi-

dad de buscar todos los registros disponibles y han valorado particularmente las fuentes primarias, los materiales escritos que se encuentran más próximos a las observaciones personales originales. Los etnólogos pueden aprender de esto].

Este tipo de problemas va remitiendo conforme avanza la "conciencia histórica" del etnohistoriador. Por este motivo, destacaremos la necesidad de la crítica de fuentes para determinar cuáles son originales y cuáles copia, cuáles deben ser consideradas primarias y cuáles son fuentes secundarias (capítulo 3).

Antropología

Como ya hemos observado en algunas definiciones, la etnohistoria es considerada de diferentes maneras de acuerdo con la procedencia de quien emite el juicio: para los historiadores, es la disciplina que emplea evidencia no histórica para propósitos históricos, mientras que, para los antropólogos, es aquella que utiliza evidencia no antropológica para propósitos antropológicos. Asimismo, los antropólogos tienden a definir la etnohistoria como una disciplina basada en documentos escritos, como ocurre con la definición de Sanchiz (1988: 331), mientras que los historiadores la reservan para sociedades donde los documentos escritos escasean o faltan.

Se ha afirmado que los etnohistoriadores actúan de manera similar a los etnólogos de gabinete del siglo XIX, que nunca iban al campo. Algo hay de cierto, pero muy matizado. Ciertamente hay similitud en el hecho de estudiar pueblos extraños a nosotros a través del testimonio de gente extraña a ellos, pero también es verdad que el etnohistoriador ha añadido a esto el trabajo de campo, tanto entre los descendientes actuales de la gente que estudia como en otros grupos que presentan características análogas en alguna forma, procurando conocer el escenario donde se produjeron los hechos que analiza. Es necesario insistir en el trabajo de campo como piedra angular de la formación de un antropólogo o un etnohistoriador. Al salir al campo, el sujeto se expone a un choque cultural que lo obliga a reflexionar sobre su propia sociedad y a cuestionarse muchas "verdades", contribuyendo a disminuir su etnocentrismo y, al ejercerlo como observador y descriptor de una cultura que le es ajena, lo coloca en condiciones de aplicar a la crítica de fuentes el análisis de los valores, intenciones y mediatizaciones que pueden haber influido en quien

escribió las obras que utiliza como fuentes. Esto le permite corregir muchas desviaciones y lo ayuda a restablecer lo que realmente subyace bajo un relato, multiplicando de esa manera la riqueza de la documentación y mejorando las condiciones de su utilización.

También la propia práctica y el ejercicio del autoanálisis le permiten valorar como fuente las notas de campo de sus colegas pasados y presentes. No sólo las obras de los grandes etnógrafos del pasado son una fuente actual para nosotros, sino que en sus notas de campo se encuentra una mina más rica y menos mediatizada por el interés del escritor. Todos somos, en última instancia, autores, con todo lo que esto comporta (ver Geertz 1989). Asimismo, considero importante que reflexionemos sobre lo siguiente: ¿qué hacemos cuando estudiamos a los nuer leyendo a Evans-Pritchard o a los trobriandeses leyendo a Malinowski? Ellos hicieron etnografía, ¿no estudiamos nosotros pueblos ágrafos a través del testimonio legado por miembros de otra cultura?

No deja de resultar curiosa –o preocupante– la reticencia de historiadores y antropólogos a aceptar la existencia de la etnohistoria como una disciplina autónoma. Es curioso que ciencias dedicadas a estudiar los procesos de aculturación y transformación se resistan a aceptar el surgimiento de un campo nuevo que participa de los métodos y técnicas de ambos. Si la etnohistoria es hija de la historia y de la antropología, ya ha alcanzado la mayoría de edad, ha recibido otras influencias en el curso de su existencia y, sin renegar del parentesco, tiene una vida propia.

Lingüística

Las aplicaciones de la lingüística en el campo de la etnohistoria son muy diversas. En primer lugar, el estudio de la lengua de un pueblo –principalmente del vocabulario, más que de la estructura de la lengua– nos informa muchas cosas sobre éste. El andinista Waldemar Espinoza lo ha expresado de la siguiente manera:

... los vocabularios vienen a ser para nosotros una especie de almacén o reservorio o arsenal donde se guardan los testimonios de los adelantos, inventos, creaciones, descubrimientos y sabiduría de un pueblo. Aquí reside su importancia, por eso es imprescindible su conocimiento y manejo, principalmente de los más antiguos, de los más inmediatos a la conquista, cuando la lengua se mantenía todavía incontaminada de elementos extraños.

Ellos son los que ayudan a rastrear el origen de los pueblos, su estado social, sus elementos culturales, el significado de sus mitos, las áreas geográficas de expansión y/o influencia cultural [...].

El estudio de las gramáticas y vocabularios o diccionarios de los siglos XVI y XVII evidencia el estado de la civilización a que habían llegado las formaciones económico-sociales andinas en sus instituciones económicas, sociales, políticas y jurídicas. En los vocabularios aparecen inventariados todos los términos referentes a la tenencia (de la tierra), agricultura, ganadería, artesanía, minería, pesas y medidas, comercio, clases sociales, grupos de edad, parentesco, ejército, actividades y tácticas guerreras, armamento, instituciones políticas y administrativas, estadística y planificación, derecho, geografía, anatomía, zoología, botánica, psicología y carácter, calendario, estaciones, enfermedades, moral y educación, inclusive las formas y modos de saludo, cortesía y etiqueta, etc., todo lo cual enriquece caudalosamente las descripciones etnográficas dejadas por los cronistas. En dichos diccionarios, sin embargo, se nota una enorme falta de voces referentes a la religión, magia e idolatría andinas, lo que se debe no a que dicha gente hubiera carecido de los citados elementos supraestructurales, sino a los sacerdotes-lingüistas que trataban de eludirlo precisamente para extinguir poco a poco lo que ellos llamaban “idolatría y artes diabólicas de los indios” (Espinoza 1980: 151-152).

Los estudios comparados de lenguas rinden un gran fruto. Al establecer un parentesco entre diversas lenguas, se pueden rastrear contactos, migraciones e influencias, y es posible intentar una datación. Para ello se utiliza la glotocronología, que permite, mediante el análisis del porcentaje de palabras relacionadas dentro de una lista, establecer el tiempo que ha transcurrido desde la separación de dos lenguas.

Para el estudio de la cultura, la lingüística ofrece interesantes resultados, obtenidos siempre a través de la comparación. Harold Conklin (1963) rastreó nombres referentes a la batata en vocabularios de 500 lenguas de África –incluida Madagascar– y de Malasia, y demostró que, casi con completa seguridad, esta planta fue introducida en estas regiones por los españoles y los portugueses poco después del descubrimiento de América. En estas regiones y lenguas sólo había 4 términos extendidos para denominar a esta planta, todos de origen español o portugués, y dos de ellos tomados originalmente de lenguas americanas.

El mexicano Otto Schuman (1985) nos proporciona otro ejemplo de las posibilidades de la lingüística. En su estudio sobre el nahuatl hablado en Tabasco (México), Schuman ataca varios mitos generalmente aceptados sobre las dificultades que tuvieron los españoles para pronunciar el

nahuatl. El primer argumento se centra en la comparación de las variaciones dialectales del nahuatl. En el sur, el sonido /-tl/ se sustituye por /-t/; los sonidos /k/ intermedios se convierten en /g/ y la /p/ se labializa en /b/. El segundo argumento, más histórico, sostiene que los españoles entraron en contacto con esta zona -y, por lo tanto, con su lengua- antes que con el centro de México, y que la intérprete de Hernán Cortés, D^a Marina, era sureña. Schuman afirma que los españoles aprendieron aquí diversas palabras, cuya forma de pronunciarla fue mantenida cuando llegaron al centro de México. Si, como se ha sostenido y aún se nos reconviene a los peninsulares en México, los españoles hubieran sido verdaderamente incapaces de pronunciar la /tl/, nunca habrían dicho Tlalpan o Tlalnepantla, y estos términos no se hubieran mantenido. La explicación de Schuman justifica la transformación de Tlacopan en Tacuba, y la famosa mala pronunciación de Huitzilopochtli: Huichilobos, que se explica con una grafía alternativa /chi/-/tzi/, el cambio de /p/ en /b/ y la pérdida de la desinencia final tan frecuente en nahuatl. Y todo se ha convertido en normal.

Otro ejemplo importante para América es el del desciframiento de la escritura maya, que ha pasado por el reconocimiento del uso de varias lenguas mayas, la utilización de un silabario fonético con algunos signos rebus, y la existencia de determinativos semánticos y otros signos que posibilitan la lectura. De esta manera, lo que se consideraba variantes de un glifo se ha convertido en representaciones fonéticas en lenguas emparentadas.

Consecuentemente, se están leyendo, transcribiendo e interpretando una gran cantidad de textos. Con ellos enlazamos el papel de la lingüística con el de la crítica de fuentes en la historia: el primer trabajo es realmente parte del campo lingüístico: lecturas, transcripciones, traducciones, verificaciones. Manrique (1988) nos advierte, entre otras cosas, sobre los cambios semánticos, un aspecto inadvertido para quienes carecen de una formación lingüística o filológica y que en ocasiones produce disonancias importantes, al interpretar palabras antiguas con significados modernos. Esto ocurre, por ejemplo, con el "común" en el estudio de los indígenas novohispanos, que no tiene relación con "comunal", sino con una institución de gobierno local. Si gran parte de nuestro trabajo de documentación trata con documentos escritos en distintas lenguas, el papel que los métodos de análisis de esos materiales tiene para nosotros debería ser indudable. No obstante, parecería no serlo, principalmente para

quienes diseñan los planes de estudio. Es preciso que tengamos una base de conocimiento para evaluar las posibilidades de aplicación y hacerlo nosotros mismos o acudir a los especialistas, quienes, entre otras cosas, podrán señalar qué se sabe con alguna certeza y qué es hipotético, para no considerar como definitivo lo que es provisorio.

Biología

La última afirmación del punto anterior es válida también ahora y para todos los demás casos. No debemos sobrevalorar lo "científico". La biología es utilizada por la etnohistoria en cuanto entra en ella la antropología física con todas sus implicaciones. Sirve, pues, para el estudio de poblaciones, tanto en el aspecto morfológico como en aspectos médicos y epidemiológicos.

Asimismo, ha sido muy útil, generalmente asociada a la arqueología, para el estudio de los procesos de domesticación de plantas y animales, y para el estudio de rendimientos agrícolas que sirvieran para sustentar análisis demográficos.

A continuación nos referiremos a un caso en que el análisis conjunto de datos biológicos y etnohistóricos ha proporcionado extraordinarios resultados, no suficientemente destacados en la bibliografía general. Santley y Rose (1979) estudiaron la dieta y la nutrición en la cuenca de México, abordando el consumo de proteínas, muy debatido por la "escasez" de carne que consumían los antiguos mexicanos. Después de analizar los nutrientes contenidos en diversos productos, desde los más remotos tiempos hasta la conquista española, relacionaron el aumento de población de la época azteca con el consumo de *spirulina*, un alga que se hallaba en el lago Texcoco y que era consumida como *tecuítlatl* por los mexicanos. Las únicas pruebas de este consumo proceden de documentos del siglo XVI, muy utilizados por los etnohistoriadores. Sahagún (1975 [c.a. 1580] Lib. XI, cap. III: 648) refiere al respecto:

... hay unas urronas que se crían sobre el agua, que se llaman *tecuítlatl*, son de color azul claro; después que está bien espeso y grueso cógenlo, tiéndenlo en el suelo sobre ceniza y después hacen unas tortas dellos y tostadas las comen.

Y Bernal Díaz del Castillo (cap. XCII, 1984, I: 332) indica que en el mercado había:

... otros que vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes dello, que tienen un sabor a manera de queso.

En la tabla 3 del citado artículo de Santley y Rose se consignan los valores nutrientes de los diferentes productos. La *spirulina* contiene 620 gramos de proteínas por kilo, mientras que la carne de venado solamente tiene 295. No afirman que se consumiera *spirulina* antes de la época azteca (siglo XIV), pero sí reconocen que la inclusión de pequeñas cantidades de ella en la dieta elimina todos los factores que limitan el crecimiento de la población (Santley y Rose 1979: 200). Más adelante sostienen:

A very moderate amount of spirulina intake, we have argued, would eliminate previous nutritional deficiencies (Santley y Rose 1979: 202).

[Una ingestión muy moderada de spirulina, hemos argumentado, eliminaría deficiencias nutricionales previas].

Por lo tanto, aunque la cantidad de proteínas continuara baja, la gran calidad de éstas posibilita una dieta adecuada. Asimismo, es preciso destacar que un repaso de las listas de productos vendidos en el mercado de Tenochtitlan cuestiona la escasez de proteínas disponibles (Rojas 1986). De hecho, la mayoría de las correcciones realizadas al canibalismo azteca han utilizado información procedente del campo de la biología, tomada en un sentido amplio.

La arqueología nos proporciona otro caso mesoamericano: los arqueólogos han demostrado que el cultivo básico en Mesoamérica era la trilogía maíz-frijol-calabaza, a la que frecuentemente se añadía el chile. Más tarde se supo que no solamente eran los cultivos básicos, sino que también se sembraban juntos. De esta manera, al absorber nutrientes diferentes de la tierra, equilibraban el pH y alargaban la vida fértil del suelo, que suponía un avance considerable en lugares donde se practicaba la agricultura de roza (o tala y quema). Los campos duraban más, reduciendo el impacto del costo de la apertura de nuevos sembradíos, y el tiempo de recuperación era menor, porque quedaban menos agotados. La sorpresa que nos ha proporcionado la investigación de los agrónomos se refleja claramente en el cuadro 1 (tomado de Ramos, Hernández y Kohashi 1985: 412):

Cuadro 1: Rendimientos del maíz y el frijol cuando se siembran juntos (Kilogramos por hectárea)

	Maíz	Frijol Mateado	Frijol Guía	Frijol Acalete
Maíz	5224	5672	4156	4671
Frijol Mateado	107*	61	—	—
Frijol Guía	720	—	333	—
Frijol Acalete	1416	—	—	837

* Puede llegar a 380.

Los datos proceden de experimentos llevados a cabo en el siglo XX en la Sierra de Puebla. La productividad, desde luego, varía mucho según los tipos de tierra sembrados, la tecnología, la pluviosidad del año elegido o el uso del riego. No obstante, lo que nos muestran los autores no es simplemente que en todos los casos la cosecha de frijol casi se duplica cuando se siembra junto al maíz, sino que, en un caso, la cosecha de maíz también es sensiblemente superior. Asimismo, el uso de las cañas de maíz para que trepe el frijol supone un ahorro de trabajo. Lo más importante, y lo que más ha pasado por alto a los etnohistoriadores, es la multiplicación de la tierra al sembrar los dos productos juntos. Ya no tenemos que sumar las hectáreas de maíz sembradas con las de frijol ni calcular cuántas hectáreas de uno y otro son necesarias para alimentar a una población, pues se superponen. Unas pequeñas cuentas aclaran aún más el asunto: si asumimos que en un lugar determinado sembraban dos hectáreas, una de maíz y otra de frijol mateado, la cosecha sería de 5224 Kg. de maíz y 61 de frijol. Si efectuamos la cuenta de acuerdo con la propuesta de Ramos, Hernández y Kohashi (1975), se sembrarían dos hectáreas de maíz y dos hectáreas de frijol, con unos rendimientos totales de 11.344 Kg. de maíz y 214 a 760 de frijol. Sería interesante introducir esta variable en los estudios del abastecimiento de Tenochtitlan, y multiplicar este efecto por las varias cosechas anuales que permitían las chinampas. Pensemos también en el chile y las calabazas, que ocupaban la misma tierra.

Arqueología

Es uno de los aliados más destacados de la etnohistoria. Muchos de los datos que Santley y Rose obtuvieron para su estudio proceden del análisis de restos arqueológicos. Asimismo, la arqueología ha comenzado

a ser considerada en el campo de la historia, en el caso americano, mediante la excavación de ciudades coloniales, como Sevilla la Nueva (Jamaica) o de fuertes en la frontera de los Estados Unidos con los indios; también habría que añadirse la arqueología industrial. De todos modos, la arqueología de América ha estado dirigida fundamentalmente al período prehispánico, y ha convivido algo más con la Etnohistoria en el estudio de los imperios inca y azteca, aunque se van abriendo nuevos caminos (Nacuzzi 2000: 259-260, por ejemplo). El contacto entre arqueología y etnohistoria se está extendiendo a otras áreas del mundo, dando origen a una "Arqueología Etnohistórica" (Davidson 2006) o al uso de técnicas etnohistóricas para interpretar los restos arqueológicos (Torres 2006). Existen cuatro términos utilizados en las distintas combinaciones, definidos por Davidson (2006: 257-258) del siguiente modo:

Etnografía: Un estudio de sociedades modernas –las que son distintas de nosotros en su cultura–. Recordemos que esta sociedad es un producto de un proceso histórico.

Etnoarqueología: Estudio de sociedades modernas por arqueólogos con motivo de usar sus resultados para estudiar la historia cultural usando métodos arqueológicos.

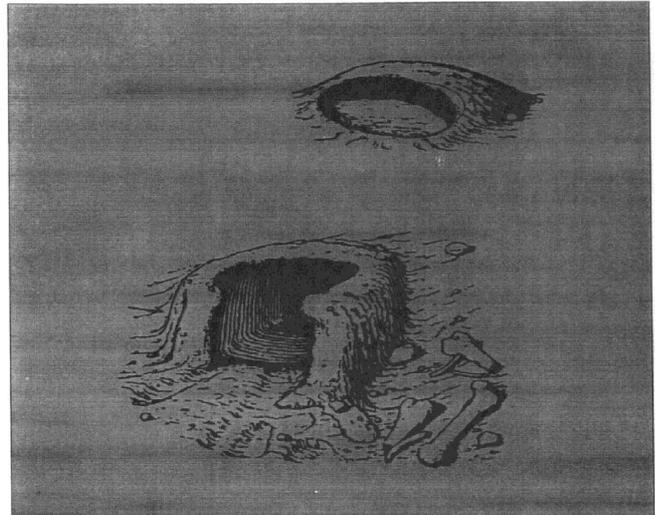
Etnohistoria: El registro histórico de una cultura, generalmente escrito por gente de una cultura distinta.

Arqueología etnohistórica: El uso de etnohistoria por arqueólogos como fuente de ideas y datos para estudiar la historia cultural usando métodos arqueológicos.

Podría señalarse que la proximidad de la arqueología y la antropología (o su unión) ha estado presente en quienes trabajan hace mucho en el Nuevo Mundo; sólo ahora los arqueólogos del Viejo Mundo están apreciando las ventajas que esto comporta, aunque lo nuevo es, en realidad, la presencia específica de secciones dedicadas a estos problemas en los congresos. Para nuestros propósitos, nos permite contar con una visión exterior de nuestro trabajo de etnohistoriadores, que debe enriquecer nuestra percepción de lo que estamos haciendo.

Una de las condiciones del trabajo arqueológico es su documentación, que suele llevar aparejada la datación. En el pasado se han recuperado muchas piezas fuera de contexto, catalogadas por analogías con materiales "seguros", por lo que en algún caso nos hemos llevado sorpresas, como la falsedad de las cabezas de cristal aztecas, fabricadas con torno en el siglo XIX (López Luján y Fauvet-Berthelot 2005; Walsh 1997) o el aprovechamiento mexicana de culturas más antiguas que han revelado las excavaciones del Templo Mayor de México-Tenochtitlan (López Luján 1989).

Los cronistas, comenzando por los conquistadores (Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo), describieron la localización y aspecto del Templo Mayor de México, posteriormente derruido. El sitio fue localizado accidentalmente durante unas obras realizadas a comienzos del siglo XX, aunque ya se conocía su ubicación aproximada. El asunto no prosperó, hasta que en 1978, la realización de otra obra urbana permitió rescatar un monolito: un disco de más de 3,5 metros de diámetro que presentaba en relieve una mujer desmembrada. Los conocedores de la documentación sobre los aztecas no tardaron en identificarla con Coyolxauhqui, "la de los cascabeles en la cara", diosa lunar hermana del principal dios mexica, Huitzilopochtli, el sol. Afortunadamente, el gobierno mexicano decidió afrontar los costos económicos y políticos que requiere una excavación de envergadura en el centro de la ciudad, y comenzó el Proyecto Templo Mayor. El equipo dirigido por Eduardo Matos Moctezuma fue descubriendo los diversos edificios descritos por la gente del siglo XVI, en el orden y manera referidos. Asimismo, se puso de manifiesto el valor de un mito recogido por Fray Bernardino de Sahagún: el nacimiento de Huitzilopochtli. Este dios fue hijo de Coatlicue, la diosa de la tierra, quien quedó embarazada sin intervención de varón, hecho que enfureció a su hija, Coyolxauhqui, y a sus 400 hijos. Cuando ya estaba próximo el alumbramiento y Coatlicue se encontraba en lo alto de la montaña Coatepec, su hija y sus hijos acudieron a matarla, pero Huitzilopochtli, alertado por uno de sus hermanos, nació en el momento preciso, completamente armado, y los mató a todos. Arrojó a Coyolxauhqui desde lo alto del monte, por lo que se despedazó. La excavación ha destacado los distintos elementos del mito: el templo es la montaña Coatepec, y en lo alto se encontraba el templo de Huitzilopochtli, supuestamente acompañado por su madre en forma de una de las estatuas que se encuentran en el Museo Nacional de Antropología e Historia. A los pies del cerro se en-



Clive Gamble Arqueología básica

Ariel Prehistoria



Ariel

El libro que tienes en las manos, lector, no es un manual al uso: no pretende abarcar todos los contenidos de una materia y no contiene ejercicios. Su propósito es incitar a que reflexiones sobre uno de los temas más importantes y fascinantes que pueden presentarse a tu consideración: la investigación del pasado de los seres humanos. Nuestro pasado nos rodea, de ahí su importancia. En efecto, probablemente es nuestro legado más preciado. Espero que esta obra te persuada de todo ello y te muestre que no hay nada más interesante, más estimulante y más gratificante que el estudio de la arqueología.

He concebido el libro a modo de introducción a la materia. He escogido ocho aspectos de la arqueología y he desarrollado uno en cada capítulo. Como los arqueólogos a veces discrepan sobre distintos aspectos de la arqueología, he recogido algunos de los debates más actuales, así como algunos de los más importantes retos que han de afrontar, sea como investigadores, como especialistas, como conservadores de los museos o como una combinación de estos tres aspectos de la profesión.

El perfil de lector que tengo en mente es alguien que no acaba de decidirse sobre si vale o no la pena apostar por la arqueología. Por lo tanto, que no está seguro de si querrá profundizar en la materia, que tiene sus dudas sobre tantas historias que se explican acerca de la arqueología. También he pensado en los que han dado algún paso más hacia delante, en los que ya les ha entrado el gusanillo y desean esclarecer ciertos temas. Entre los lectores potenciales que ven sobre arqueología por puro interés a la universidad como asignatura o por la arqueología esto intrigados monumento. un museo o

46 ARQUEOLOGIA 8336-115
161000 TEOR. A DE LA ARQUEOLOGIA

ARQUEOLOGIA BASICA GAMBLE CLIVE
9788434667915 7 4 21197384 10/12 SL
GRV P2 23,00 Eu

Esta obra no aborda los contenidos de estudio de la arqueología. Para ello ya hay en el mercado libros excelentes, entre los cuales recomendaría los de Philip Baker (1982) y Jane McIntosh (1999). Lo que espero de este trabajo es que ponga a punto la imaginación del lector para que la experiencia de tocar y examinar objetos, de contemplar y prospectar paisajes y edificios, de preparar exposiciones y presentar el pasado a los demás sea todavía más intensa y gratificante.

Ariel Prehistoria

www.ariel.es

937922-0



9 788434 466791

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA ARQUEOLOGÍA?

La imaginación arqueológica

Arqueología rima con emoción, con curiosidad intelectual y con la manera de transformar esta curiosidad en conocimiento. Es un tipo de emoción que nos invade cuando usamos lo que Julian Thomas (1996: 63) llama, en frase prestada, «nuestra imaginación arqueológica». Esta facultad nos permite llegar a un lugar al que nunca viajaremos, el pasado, y pensar sobre el tiempo y los objetos de forma muy diferente a como lo hacemos en nuestras vidas corrientes.

La imaginación arqueológica ha de ser tan antigua como la especie humana. A un cierto nivel se trata de algo parecido a la habilidad que damos por supuesta en el individuo, de poder reconstruir lo que ha sucedido a partir del rastro dejado; huellas en el suelo que apuntan a una visita, una habitación con restos de comida, vasos y botellas que indica que allí se ha celebrado algo. A otro nivel, esta imaginación se ha agudizado y refinado durante los últimos 200 años hasta convertirse en una disciplina profesional. Éste es el sentido que voy a dar a la frase a lo largo del libro. En nuestro tiempo se excavan, miden, catalogan, describen y analizan de forma rutinaria los objetos y monumentos del pasado. Y más importante aún, se ha desarrollado una forma de conocimiento, con la ayuda de estos métodos, mediante la cual poder representarnos un esquema de las cosas que han desaparecido. De eso trata precisamente la emoción que produce la arqueología. El descubrimiento de tumbas no saqueadas es algo fantástico, pero la exploración de nuestra capacidad de pensar más allá de la experiencia cotidiana y de incorporar a nuestras vidas las actividades y los objetos de gente que ya no existe, constituye sin duda también una forma de enriquecimiento.

Tres contextos políticos

La arqueología surgió de forma gradual a lo largo de los dos últimos siglos como una forma de estudio sistemático del pasado. La dimensión tiempo es aquí fundamental. Es un indicador de las fuerzas que crearon la disciplina y que siguen sosteniéndola como actividad.

Lo que más impulsó el desarrollo de la arqueología fue el nuevo orden político, social y económico que emergió de la revolución industrial, primero en Europa y luego en América del Norte. Bruce Trigger (1989) ha identificado tres contextos políticos (recuadro 1) relacionados con esta revolución que han afectado directamente a la imaginación arqueológica.

Por medio de organizaciones como el World Archaeological Congress y su prolífica producción literaria recogida por la colección *One World Archaeology*, se ha generado una reacción a ciertos elementos del tercer contexto. En estas «Naciones Unidas» de la arqueología se estimulan en vez de excluirse los puntos de vista alternativos sobre la disciplina. Es como un foro a disposición de distintas lecturas y usos, a menudo contradictorios, del pasado. Sus participantes proceden de los tres contextos políticos señalados por Trigger, de modo que con esta dinámica se crea una nueva ortodoxia.

¿Cómo empezó todo?

El estudio de la historia de la arqueología es un ámbito de investigación que ha surgido no hace mucho tiempo de las crónicas de los grandes hallazgos y de una galería de personajes excéntricos, y repercute sobre los distintos movimientos que originaron y siguen nutriendo la disciplina (Trigger, 1989). Volveré a hablar de estas fuerzas en los próximos capítulos, especialmente en el capítulo 8 cuando discuta sobre nacionalismo y etnicidad.

Una buena forma de abordar la cuestión es ver cómo las cosas del pasado, los monumentos y las ciudades antiguas, así como los objetos excavados para el comercio de antigüedades, se transformaron en información sobre el pasado. Ello fue posible gracias a la aplicación de métodos propiamente arqueológicos (para una descripción extensa véase D. H. Thomas, 1998: 332). Hay dos métodos que destacan en este sentido: el análisis del *estilo* (véase capítulos 3 y 5) y la *seriación*. Estos métodos se basan en los principios de *frecuencia de aparición* y *estratigrafía* (capítulo 3) siendo parte esencial de los mismos. Estos métodos y principios constituyeron los componentes básicos del aprendizaje de la imaginación arqueológica (recuadro 2) durante su etapa infantil.

Recuadro 1: El contexto político de la arqueología

Nacionalista: Monumentos y objetos se usaron a menudo para forjar la identidad de los nuevos estados-nación europeos. La arqueología nacionalista apareció durante el proceso de industrialización (véase capítulo 8). Para entender la historia de la arqueología y las aspiraciones de los arqueólogos hay que darse cuenta de la fuerza del nacionalismo (Díaz-Andreu y Champion, 1996). Tal fuerza sigue en el presente. El estado de Israel, por ejemplo, pone un gran énfasis en monumentos como la fortaleza de Massada que fue saqueada por los romanos en el año 73 d.C. como símbolo de la resistencia y el sacrificio necesarios para alcanzar la independencia. El significado e interpretación de estos monumentos a menudo es contestado, igual que determinadas fronteras o la misma existencia de muchos países modernos.

Colonialista: Las potencias coloniales europeas, en particular la Gran Bretaña, estudiaron la arqueología de sus territorios coloniales en África, el subcontinente Indio y Australia. Las interpretaciones estuvieron en ocasiones animadas por el punto de vista colonial que gustaba de ver cualquier cambio o progreso como algo inducido desde fuera. Las explicaciones relativas a las ruinas de Gran Zimbabwé constituyen un ejemplo de ello. Hasta hace poco se negaba sus orígenes africanos. La espectacular ciudad fue atribuida a la influencia de mercaderes europeos o árabes sin existir pruebas de ello. Con la independencia ésta y otras arqueologías coloniales se convirtieron en nacionalistas, y en el caso de Rhodesia, Zimbabwé se convirtió en el símbolo del país dando nombre al nuevo estado en 1980.

Imperialista: Los tres grandes imperios del mundo moderno, los de la Gran Bretaña, los Estados Unidos y la anterior Unión Soviética desarrollaron algún tipo de arqueología mundial. La arqueología mundial es una forma universal de contemplar el pasado, generalmente desde un único punto de vista. Los soviéticos seguían el pensamiento marxista en la construcción de la historia. El modelo británico fue comparativo y pretendía establecer un ranking de logros de las diferentes culturas por período, región y continente. De ahí que Grahame Clark describiera la tecnología de la Australia prehistórica como «muy tosca y sin gracia» (1968: 21). El modelo seguido por los Estados Unidos ha sido el más seguido habida cuenta de su posición como superpotencia tras la Segunda Guerra Mundial. Para Trigger la «nueva arqueología» de los años 1960 (véase capítulo 2) constituye un ejemplo de enfoque imperialista. Más conocida actualmente como arqueología procesual, insiste en el punto de vista puramente científico tanto en relación al método como a la interpretación.

Recuadro 2: Cuatro conceptos arqueológicos básicos

Estilo: El análisis estilístico trata de evaluar el grado de parecido visual entre objetos, lo que permite hacer una clasificación de los objetos por tipos que muestran una similitud estilística (véase capítulo 5).

Seriación: Técnica que permite ordenar unidades estilísticas (tipos) en secuencias cronológicas relativas. Según David Hurst Thomas la seriación se basa en la presunción de que los estilos culturales cambian y que la frecuencia de aparición de un estilo particular o decoración puede ser asociada a un determinado período de tiempo (Thomas, 1998: 246; véase capítulo 3).

Frecuencia de aparición: No hay nada más complicado que resumir la frecuencia en que objetos y tipos se encuentran en unidades arqueológicas como los conjuntos y las culturas. Con este concepto se presume que con el paso del tiempo se producen cambios y que los arqueólogos los pueden detectar ya que los estilos decaen y vuelven.

Estratigrafía: La ley de superposición dice que el documento que está en el fondo del cajón fue colocado antes y que por lo tanto es anterior al que se ha colocado encima. Los sedimentos generalmente obedecen a este principio igual que los materiales arqueológicos que contienen. La estratigrafía es una forma de interpretar las estructuras que, obedeciendo a esta simple ley, aparecen durante una excavación arqueológica (véase capítulo 3).

DESCUBRIR TESOROS

El fundamento que sustenta históricamente la arqueología en Gran Bretaña hay que situarlo en tiempos de los anticuarios Camden y Aubrey, en los siglos XVI y XVII. Luego, en el siglo XVIII hubo una creciente fascinación por los monumentos clásicos de Grecia e Italia que dio pábulo al deporte de buscar tesoros en ciudades fantasma como Pompeya y Herculano. La arquitectura clásica, los objetos y la literatura proporcionaron los medios de una antigua autoridad con los que forjar un nuevo orden mundial. Pero el proceso siguió en otras partes. La primera vez que se retiró arena de los monumentos de Egipto fue en 1798 lo que permitió tomar datos de forma sistemática. A continuación, en 1810, hubo que afrontar la dureza de la jungla para llegar hasta las ruinas de Borobudur en Java, y hacia 1840 se excavaba en las ruinas Maya de América Central. Por los mismos

años se empezó a trabajar en las ciudades mesopotámicas de Nínive y Nimrud.

Hubo que descifrar las lenguas de estas antiguas civilizaciones, lo que se consiguió en 1802 para la escritura egipcia y en 1857 para la babilónica y asiria. Una vez descifradas las lenguas, las listas de reyes y faraones proporcionaron la cronología de los tesoros que evidenciaban los logros cívicos y artísticos de estos pueblos.

CHRISTIAN THOMSEN Y EL SISTEMA DE LAS TRES EDADES

La mayor parte de los trabajos de investigación de esta época pionera se basaba en los textos y no en los objetos. El interés se centró en la historia, no en la prehistoria (véase Andrén, 1998). Pero en 1819 se produjo un hecho crucial: la clasificación por parte de C. J. Thomsen de las colecciones del Museo Nacional de Antigüedades de Copenhague según un modelo cronológico de tres edades. Puesto que Thomsen manejaba objetos de la prehistoria, su esquema trasladó la imaginación arqueológica fuera de los textos. Thomsen, no podía obtener información de calendarios o de listas de reyes para moverse por aquel mundo, de modo que los aspectos cronológicos debían obtenerse de otra forma. En primer lugar fue la tecnología lo que le proporcionó la base para clasificar los materiales en edades sucesivas: Piedra, Bronce y Hierro. Le siguió la seriación, aunque él no la llamó de este modo. Tomó los descubrimientos depositados en el museo y se fijó en cómo variaban las proporciones de cada elemento en las distintas colecciones. Ello le permitió establecer qué era lo que estaba asociado a qué, así como darse cuenta de los cambios. Los elementos comunes a los distintos tipos de objetos confirmaron la clasificación tecnológica básica. Es por esta razón y no por la suposición afortunada de que la piedra viene antes que el bronce y el bronce antes que el hierro en la historia de la tecnología, que el modelo de las tres edades ha soportado la prueba del tiempo.

El modelo de Thomsen representa un magnífico ejemplo de investigación empírica e inductiva que conduce al desarrollo de una clasificación a partir de la observación de los rasgos característicos presentes en los materiales. De su célebre guía de las colecciones del museo, publicada en 1836, emerge la idea de que para idear su esquema, Thomsen dio gran importancia a los contextos y a las asociaciones de objetos. A este respecto, su interés por las monedas pudo darle la inspiración necesaria para observar el cambio estilístico en los objetos de la prehistoria. Tal como puntualiza Trigger (1989: 84), Thomsen no tomó prestado de la geología su método de datación, sino que desarrolló

una técnica nueva, la seriación de tipos, que resultó apropiada para el estudio de los materiales de la prehistoria. Además, nunca dio la impresión de haber sido influenciado por Adam Smith o Thomas Malthus, quienes conjeturaron entre 1763 y 1798 que la sociedad había progresado por medio de etapas —la edad de los cazadores, luego la de los pastores, luego la de los agricultores y finalmente la edad contemporánea suya de los comerciantes—. Si así hubiese sido, debería decirse que su esquema fue deductivo puesto que habría contrastado una hipótesis —la naturaleza progresiva del cambio social— con observaciones arqueológicas. Fue lo que hicieron otros como Sir John Lubbock (1865), mientras que E. B. Tylor (1865) y Lewis Henry Morgan (1877) crearon esquemas similares a base de ordenar las culturas contemporáneas del mundo según una escala ascendente, infiriendo una ordenación de los ancestros.

¿De qué forma ha cambiado la arqueología?

Los principios de frecuencia de aparición y estratigrafía, los métodos de seriación y el análisis estilístico de los tipos de objetos (véase recuadro 2) fueron las principales líneas de progreso. Hoy día disponemos de técnicas científicas para conocer la edad de un edificio o de un hueso (capítulo 3). Pero los métodos que utilizan el tiempo y el espacio como marco para dividir la línea continua que es el pasado en categorías, fueron descubiertos hace más de 150 años.

Mientras tanto los arqueólogos no sólo han mejorado las técnicas del análisis estilístico y registrado sus secciones estratigráficas con más precisión. La disciplina también ha cambiado al calor del cambiante clima social, político y económico. Muchas de sus aspiraciones actuales no las entenderían de ninguna forma los padres fundadores como Thomsen o Lubbock.

LA ARQUEOLOGÍA ANTROPOLÓGICA

El gran cambio ha venido de la mano de la arqueología antropológica, que se ha desarrollado durante los últimos 40 años. Se trata de un paraguas amplio en el que caben la mayoría de los enfoques que se examinan en el capítulo 2. Ciencia, teoría, relevancia, cuantificación, e interpretación son algunas de las palabras clave asociadas a la arqueología antropológica. Antes de su aparición la práctica de la arqueología estuvo dominada por la historia cultural. Colin Renfrew (1982: 6) se ha referido con razón al período que va de 1880 a 1960,

Recuadro 3: Cuatro características de la arqueología actual (Orser, 1999)

Se tiende a una visión de conjunto: Aunque se esté excavando en un yacimiento particular en cada momento, el objetivo es situarlo en un marco general de dimensiones globales. Hay que mirar más allá de los límites físicos en que se enmarcan los datos obtenidos para comprender su significación (capítulo 6).

Busca la relación entre seres humanos: Orser explica que el contenido básico de la vida humana en cualquier tiempo y lugar está hecho de relaciones, relaciones que son sociales. La mejor manera de concebir estas relaciones es pensando en la noción de red (capítulo 6). Estas tramas o redes son de distinto tipo y se superponen y cambian. De ahí que estén mutuamente interrelacionadas.

Trabaja a diferentes niveles: ¿Cómo cubrimos el abismo que separa unos simples restos de cerámica de la civilización a la que pertenecieron (capítulo 4)? ¿Cómo hacemos que concuerde la microescala de la actividad cotidiana de alguien que fabrica un recipiente con la experiencia a largo plazo y a otra escala, de la formación y el colapso del Imperio Maya (capítulo 7)?

Es reflexiva: Nos hemos dado cuenta de que los datos arqueológicos no son simples curiosidades sino un poderoso instrumento del conocimiento en manos de la gente de hoy. La reflexión sobre el trabajo que realizan permite a los arqueólogos evaluar el sentido de sus proyectos de investigación y el impacto que pueden ejercer sobre la gente. Destaca a este respecto el eco alcanzado por el impacto que tiene la arqueología sobre los aborígenes australianos, por ejemplo, pueblo que hasta el momento no había tenido voz en la investigación e interpretación de su pasado. La exigencia de devolución de bienes culturales y las reivindicaciones sobre identidad étnica de los vestigios arqueológicos son otros ejemplos al respecto (capítulo 8).

justo antes de la entronización de la arqueología antropológica, como el período del «largo sueño de la teoría arqueológica». La historia cultural empezó con Thomsen, progresó con el pensamiento evolucionista del siglo XIX, y sigue en nuestro tiempo enfatizando los elementos relativos al progreso, la descripción, la datación y la etnicidad.

Cuarenta años después Charles Orser (1999: 280-1) sintetiza los cambios habidos en la arqueología a lo largo de los últimos tiempos con una visión globalizadora (recuadro 3).

Hasta aquí ha llegado la imaginación arqueológica. Es lógico que no todo el mundo esté de acuerdo con todo. Muchos arqueólogos piensan que una excesiva reflexión sobre sí mismos es signo de debilidad. Otros creen que el «material» que fundamenta el poder hablar de relaciones sociales es demasiado vago; prefieren tratar con los hechos «puros y duros». Pero resulta que al mismo tiempo han de ir como locos buscando hacer relaciones públicas para encontrar financiación para sus proyectos, publicar su trabajo, convertirse en parte de la comunidad profesional y gozar algo de la vida al margen de la profesión. Precisamente se ven condicionados e inmersos en todo lo que tiene que ver con aquel «material» básico que acabamos de decir que estructuró el pasado.

Dos conceptos básicos

La aceptación de los cambios que describe Orser conduce a suscribir unas conclusiones que son importantes. La arqueología es lo que somos capaces de construir, no lo que se hizo para que nosotros lo descubriéramos. El pasado necesita de nuestros conceptos. Sin ellos no significa nada. Con ellos adopta significados diferentes contribuyendo a construir la vida moderna. De entrada esta idea puede resultar algo confusa, ya que la mayoría de la gente diría seguramente que bucear en el pasado tiene que ver con encontrar y describir objetos bellos. ¿Por qué, pues, los arqueólogos discrepan tanto entre ellos?, ¿por qué hay tantas teorías? (capítulo 2). En los próximos capítulos retomaremos estas cuestiones. En este momento, sin embargo, tengo la impresión de que debemos ser muy claros con respecto a dos conceptos más, que son:

- los hechos;
- su esencia.

HECHOS E HISTORIAS

El reconocimiento de los hechos o mejor dicho la observación de los datos, no es tarea fácil. Tampoco los hechos son neutrales. Los hechos van acompañados de teoría. No pueden leerse de forma objetiva sino que dependen de su interpretación, la cual obedece a factores tales como la historia que los ampara o la manera como han sido interpretados en los libros que utilizamos. El arqueólogo no les confiere mucha vida cuando los representa en un cuadro (figura 3.5) o cuando examina los huesos de cierto animal a modo de prueba sobre

qué debió pensar un individuo de la prehistoria cuando despedazaba un animal, sino que su interpretación está condicionada de antemano por la teoría, aun cuando ello no se manifieste de forma implícita.

Los hechos adquieren significado cuando se enmarcan mediante explicaciones. Hoy día a los arqueólogos ya no les vale servirse de una sola explicación; la tendencia actual es aceptar la diversidad. De entrada puede parecer excesivo aceptar que hay muchos pasados. Es hasta cierto punto lógico que se piense que lo que la imaginación arqueológica necesita es certidumbre y no una miríada de alternativas. ¿Verdad que sería todo más sencillo si sólo hubiese una versión del Neolítico o del Imperio Romano?

Al filósofo Daniel Dennett (1991) que adoptaba un enfoque darwiniano para explicar la conciencia humana, se le ocurrió una metáfora basada en los ordenadores que puede aliviar a nuestra aturdida imaginación arqueológica. La conciencia, sugirió, es como los sucesivos borradores que se hacen con un procesador de textos para escribir un libro como este. Cuando se trabaja se produce una revisión constante y una puesta al día casi automáticas, porque a nadie le sale bien el trabajo a la primera. Las sucesivas versiones, sin embargo, se parecen, por lo que se puede ir rastreando el cambio y la estabilidad. La idea de Dennett es que los procesos que conducen a los cambios constituyen una forma de selección natural: sólo ciertas partes, frases o palabras sobreviven a la siguiente generación de «borradores». A escala mucho mayor, eso es lo que ocurre con todos los escritos, proyectos y actividades relacionadas con el pasado. No se trata de ideas que aguantan la prueba del paso del tiempo o que permanecen a la espera de la llegada de datos nuevos para que se produzca un vuelco. Lo importante es entender que los arqueólogos de nuestro tiempo están también atentos al proceso mediante el cual se genera conocimiento sobre el pasado.

ESENCIA Y ESENCIALISMO

¿Cómo se puede detectar un hecho que está condicionado por la teoría? Fácilmente. Sólo hay que preguntarse qué tipo de esencia o propiedades piensa uno que tiene. Por ejemplo, un enterramiento romano en un cofre de plomo en vez de en un cofre de madera sugiere, antes que lo abramos, que estamos ante alguien que murió rico, ante alguien importante, por lo tanto con quien se tuvo un cuidado «especial» en su conservación. Alternativamente, consideremos el esencialismo biológico que encontramos en tantas representaciones del pasado en libros, museos o revistas, según el cual, el hombre cazaba y fabricaba armas, mientras que la mujer recolectaba frutos y preparaba

las pieles que servían de vestido (Gifford-González, 1993; Moser, 1998). Este esencialismo sirve a menudo para establecer clasificaciones, y es particularmente fuerte en arqueología. Las cosas se explican en función de las propiedades o esencias que se piensa que de entrada ponen de manifiesto.

Fue la intuición de Charles Darwin la que desafió al esencialismo inherente en biología. Su mecanismo de selección natural (capítulo 2) dio un vuelco a la vieja idea del carácter permanente de las especies porque estaban hechas de un conjunto de esencias. Por ejemplo, las viejas ideas explicarían los rasgos esenciales de un ratón doméstico como un conjunto de bigotes, cola larga y afición por el queso. Darwin demostró que tales esencias que producen el tipo ideal de ratón doméstico no tienen un carácter permanente, sino que pueden cambiar debido a procesos de selección. Un ejemplo de este tipo de procesos que se han producido a lo largo de milenios, se ve en los granjeros que han ido selectivamente criando vacas cada vez más grandes para hacer más queso, y posiblemente gatos más listos, lo que a su vez modificó las presiones selectivas sobre los ratones.

Los arqueólogos han basado también sus clasificaciones en el descubrimiento de tipos ideales. En las próximas páginas veremos cómo se llega a la idea de que en el Sutton Hoo una combinación de objetos es capaz de exudar pura «esencia de realeza», como si fuera un spray con perfume. En el capítulo 5 examinaré de qué manera nuestro concepto clave de estilo se basa también en las esencias que esperamos que contengan los objetos, en vez de pensar que aquel está en función de que el objeto forme parte o no de una red de relaciones sociales.

Cambios en la forma de ver a los anglosajones: un caso a estudiar

En los últimos 50 años el paso de una arqueología basada en la historia cultural a una arqueología antropológica queda bien ilustrado por las tres principales investigaciones dedicadas al yacimiento anglosajón de Sutton Hoo, situado en Suffolk, al este de Inglaterra (Carver, 1998).

EL ESPÍRITU DEL LUGAR

Este cementerio anglosajón con sus montículos y sus restos de asentamientos de época prehistórica, fue expoliado por ladrones de tumbas en el siglo XVII y por anticuarios del siglo XIX. Todo lo que sabemos de entonces es que el yacimiento fue agujereado por los expoliadores.

Nuestro conocimiento sobre lo que dejaron empieza cuando la señora Edith Pretty, conocida espiritualista, decide en 1938 hacerse con los servicios de un arqueólogo aficionado llamado Basil Brown, para que investigue qué hay debajo de los montículos que asoman en su propiedad de Sutton Hoo. Brown abrió varias zanjas y en 1939 exhumó los restos de un barco anglosajón que había sido varado en tierra seca para servir hacia el año 1300 de ataúd de un personaje.

Bastantes años antes del invento de la CNN un hallazgo tan espectacular sólo despertó el interés de un pequeño grupo de arqueólogos. Pero a la vista de la importancia nacional del descubrimiento, las autoridades representadas por el Museo Británico y el Ministerio de Fomento sustituyeron al señor Brown por un experto nacional, el arqueólogo de Cambridge Charles Phillips, con el encargo de excavar la cámara funeraria situada en el interior del barco. Éste convocó a sus colaboradores Stuart Piggot y W. F. Grimes, que más tarde serían profesores respectivamente de las universidades de Edimburgo y Londres.

El ajuar formado por 263 objetos entre los que se incluían fuentes de plata de Constantinopla, collares de oro exquisitamente trabajados, insignias reales, una lira y el casco y la espada del difunto, se recuperó en sólo 17 días de trabajo durante el verano en que Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Como explica Carver:

Fue una de estas excavaciones mágicas que sólo a unos pocos privilegiados les toca en suerte de poder disfrutar: en que cada día trae un nuevo descubrimiento y cada hallazgo hace alborear al siguiente. Son momentos de disciplinada tensión que hacen que uno apriete los labios, al tiempo que se dibuja y se fotografía, a lo que siguen unos gritos sofocados fruto de la excitación y unas cortas frases de júbilo, mientras se intenta refrenar la imaginación por lo que pudiera pasar en el instante anterior al momento comprometido de levantar el objeto del suelo (Carver, 1998: 16).

Luego, en lo que todavía sigue siendo el mayor acto individual de generosidad relacionado con la excavación de un tesoro arqueológico, la señora Pretty donó la colección completa a la nación sin pedir nada a cambio.

CIENCIA Y ERUDICIÓN ALREDEDOR DE SUTTON HOO

La segunda campaña fue más lenta. Dirigida por el Dr. Rupert Bruce-Mitford del Museo Británico, fue llevada a cabo de forma metódica, científica y resultó ejemplar. Si la consigna en 1939 había sido

recuperación y toma apresurada de datos, en la investigación de Bruce-Mitford de 1965 y 1971 la consigna fue autenticidad y esmero. No se trató de un enfoque antropológico, sin embargo. El barco fue excavado de nuevo y los objetos que se hallaron fueron estudiados otra vez y reconstruidos. Los vertidos de tierra de Brown fueron examinados para asegurarse de que nada quedara al aire. Se hicieron copias de los objetos y todo quedó registrado en tres gruesos volúmenes completados en 1983.

En esta ocasión la arqueología científica jugó su papel e hizo posible que se alcanzaran los objetivos de corrección y autenticidad. Por ejemplo, entre los objetos recuperados había un pequeño ciervo de bronce que inicialmente se había pensado que remataba el casco. Pero cuando se analizó la composición de la aleación de la figurilla, la del propio casco y la del metal que sujetaba una piedra de afilar, se comprobó que la figurilla debía asociarse con este último objeto. Y es así como se puede ver actualmente en el Museo Británico, donde se conoce como el «cetro» del Rey.

SUTTON HOO EN LA ERA DE LA GESTIÓN

¿Qué quedó por descubrir? La tercera y última campaña de investigación empleó métodos científicos avanzados de prospección y se valió de nuevas técnicas de excavación. Y, lo que es más importante, los arqueólogos se plantearon nuevas preguntas. El paisaje de Sutton Hoo con sus evidencias de ocupaciones sucesivas fue el foco de atención y no los montículos.

Las campañas desarrolladas entre 1983 y 1992 fueron dirigidas por Martin Carver. Su propuesta de investigación fue seleccionada mediante una convocatoria abierta lanzada por el comité nacional de gestión responsable del yacimiento. Fue el primer proyecto arqueológico británico que tuvo un diseño de proyecto que fue presentado públicamente y que fue sometido a escrutinio público. Las preguntas que planteaba requerían obtener una información a lo largo de unas fases de «evaluación» y «estrategia» que se tenían que llevar a cabo necesariamente antes de empezar a excavar (Carver, 1998: 176). Las diferencias con lo sucedido en 1938 son evidentes, cuando había sido la curiosidad y quizás un cierto espiritualismo lo que motivó la investigación, e incluso con relación a 1965, cuando los planes de investigación sólo eran conocidos por los llamados a desarrollarlos. El proyecto de Carver, en cambio, se enmarcaba en los cambios que la arqueología británica había asumido si quería tener un futuro. La consigna en esta tercera fase fue gestión y rendición de cuentas.

El proyecto esta vez situó Sutton Hoo en su contexto arqueológico. La investigación de Carver abordó la cuestión empleando una gran diversidad de escalas analíticas, siempre bien armado de instrumentos técnicos. Se prospectó el yacimiento mediante el uso de métodos no destructivos como el radar y otros instrumentos de prospección geofísica. Se obtuvo una mayor amplitud cronológica mediante la obtención de muestras del asentamiento prehistórico. Se amplió el área de excavación del cementerio para poder juzgar con más garantías en el contexto de la sociedad del momento, el estatus y posición de los hallazgos arqueológicos originales. Para poder excavar bien tumbas mucho más sencillas se tardó meses. Se estudió de forma sistemática el territorio situado alrededor del yacimiento. Fueron reconstruidos los patrones de asentamiento y de uso de la tierra para poder responder a la pregunta de por qué se pudo encontrar tal tesoro en lo que hoy día se contempla como un remanso rural. Y con el fin de responder al criterio referido a la rendición de cuentas o difusión de interpretaciones, Carver difundió una determinada interpretación del yacimiento y procuró interesar al público en su trabajo. Después de todo el público se había beneficiado de la generosidad de la señora Pretty y fue en su nombre que el yacimiento se pudo clasificar como yacimiento protegido de acuerdo con la legislación sobre monumentos. La televisión, que no existía en 1939, hizo que 13 millones de telespectadores pudieran contemplar la evolución de las excavaciones durante los años 1980, cifra que contrasta con los escasos centenares de personas que visitaron la primera excavación.

SUTTON HOO COMO PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO

La última campaña de excavaciones en Sutton Hoo fue en parte urgida por la seria amenaza que representaban los expoliadores armados con detectores de metales. Resulta irónico que la ciencia provea de los mismos medios tanto a los destructores de yacimientos como a los conservadores del patrimonio. También es una ironía que el desprendimiento de la señora Pretty tuviera como correspondencia la ambición de los buscadores de tesoros. Este tipo de venalidad se ha extendido por todas partes. Al cerrarse el proyecto, la Nación, por medio del correspondiente organismo gubernativo, fue llamada a comprar el yacimiento, pero sólo lo valoró en 3.000 libras esterlinas. La consiguiente búsqueda de patrocinadores no dio resultados, y al final la organización National Trust ofreció comprar el yacimiento por 3,6 millones de libras esterlinas obtenidas del Fondo de Loterías para el Patrimonio.

No debería sorprendernos un caso como éste. Por aquel entonces los arqueólogos habían descubierto en Londres los restos del teatro Rose donde se habían estrenado todas las obras de Christopher Marlowe y donde se estrenó también en 1592 el *Titus Andronicus* de Shakespeare. Un monumento de importancia nacional tan grande como éste permanece en la actualidad a la espera de un futuro, protegido con plásticos y cubierto de arena, en los sótanos de un edificio de oficinas de la ciudad (Wainwright, 1989). Se conserva evidentemente para la posteridad, pero resulta inaccesible en el presente. El Estado dice estimar el patrimonio pero es incapaz de pagar la compensación económica que le correspondería para poder parar la construcción de un edificio de oficinas.

Sutton Hoo nos ofrece un caso ejemplar de evolución de una disciplina que transita del amateurismo a la profesionalización. Es una evolución que va en paralelo al paso de un marco conceptual centrado exclusivamente en la historia cultural, a una concepción que reclama considerar el conjunto de problemas que se plantean bajo el paraguas de la antropología antropológica (capítulo 2). Este proceso se ha repetido en todos los países en los últimos 60 años. Este cambio implica también un progresivo empleo del método científico para validar las presunciones de la arqueología y una sensibilización hacia los problemas contemporáneos. Todos los arqueólogos se ven obligados a responder hoy día a la pregunta de ¿a quién pertenece el pasado? Casos como el del teatro Rose son ejemplos extremos que polarizan los variados puntos de vista que emergen en nuestro tiempo, al tiempo que plantean cuestiones clave en relación a la ética profesional. El arqueólogo se ve obligado a posicionarse. ¿Apoya a la facción partidaria del patrimonio y al grupo de actores que reclama que el Rose ha de conservarse y mostrarse al público, o apoya al constructor que de acuerdo con la legislación vigente encontró la solución, conjuntamente con las autoridades, de preservar el yacimiento *in situ* envuelto en plástico? ¿Debe el pasado detener al progreso en un caso como éste en que se trata meramente de construir otro nuevo edificio de oficinas? ¿Habría que considerar otros argumentos si en este mismo lugar se hubiera previsto construir un hospital?

En el caso del Sutton Hoo el traspaso de una propiedad privada a manos de una organización nacional del patrimonio como el National Trust para su protección, no estuvo libre de controversia. Algunos arqueólogos cuestionaron la forma de llevar a cabo las excavaciones en los años 1980. Actualmente siguen divididos sobre la forma de llevar a cabo la gestión del yacimiento como centro turístico y educativo que es lo que propone el National Trust, ya que según *The Guardian* (11 de octubre de 1999) «convertirlo en centro turístico significaría destruir el yacimiento de época Sajona».

La lección que llevamos a casa de todo ello es que los arqueólogos ya no excavan simplemente. Nuestras campañas crean símbolos que la gente utiliza para hacer frente a los problemas que inquietan a nuestra época (capítulo 8).

La cafetería arqueológica: ¿se trata realmente de arqueología?

En este momento estarás probablemente pensando, estimado lector, que la respuesta a la pregunta ¿qué es la arqueología?, es más complicada de lo que parecía. ¿Qué fue lo que disparó tu imaginación arqueológica para que pudieras descubrir que lo que late en la arqueología que está más allá de lo corriente, del sentido común y de lo familiar? ¿Se trata de Lara Croft o de Gladiador? ¿De un atardecer en el Valle de los Reyes o de un amanecer en Petra, junto al Jordán? ¿De un bip bip de tu detector de metales? ¿Se trata de las piedras de Stonehenge, los montículos de Moundville o las Termas Romanas de Bath?

Deja que intente dar una primera definición y luego un menú que te preparará para abordar convenientemente equipado la arqueología.

- La arqueología tiene que ver básicamente con tres cosas: objetos, paisajes y lo que hacemos con todo ello. Es tan sencillo como decir que se trata de estudiar el pasado mediante los restos materiales que se conservan.

En lo que queda de libro voy a ampliar esta definición a base de examinar los aspectos más importantes que emergen de la misma: los objetos (que van de una punta de flecha a una ciudad entera), el tiempo y el espacio, la gente, el cambio y la estabilidad, y la identidad.

Lo que en la realidad hacen los arqueólogos es ya otra cuestión y muy variada. Definir un arqueólogo como alguien que estudia el pasado es simplificar demasiado las cosas. La profesión, aunque humilde en número de practicantes, tiene sus asociaciones profesionales y su gama de intereses y preocupaciones. El pasado no es algo remoto sino que forma parte de nuestras vidas. Las cuestiones que plantean los arqueólogos sobre métodos de investigación, identidad y pertenencia, dan pie a menudo a ser contestadas de forma contundente; que es lo que acostumbra a hacer los propios colegas a través de asociaciones y tribunas diversas, sea de forma hostil o de forma amigable.

¿Pero qué puedo hacer para proporcionaros una cata a modo de aperitivo de los tipos y variedades de arqueología que se ofrecen en el menú? Internet sería una buena forma de empezar. Teclead arqueología en un buscador cualquiera y esperad a ver lo que sale. En el mes de diciembre de 1999 con Yahoo encontré casi mil sitios y más de cien

Recuadro 4:
Lista de materias relacionadas con la
arqueología que aparecen en la oferta de estudios
de las universidades del Reino Unido (1999)

Teoría y técnicas

Teoría arqueológica

- Historia del pensamiento arqueológico
- Arqueología social
- Arqueología antropológica
- Identidad (incluye género, etnicidad y nacionalismo)
- Filosofía de la arqueología (incluye arqueología interpretativa, posprocesualismo y teoría social)
- Arte y representación
- Cultura material

Arqueología de campo

- Arqueología de los edificios
- Excavación
- Arqueología del paisaje
- Arqueología submarina

Arqueología ambiental

- Fauna
- Botánica
- Paisaje, suelos y geomorfología

Tecnología y ciencia de los materiales

- Lítica
- Cerámica y vidrio
- Metalurgia

Datación científica

Antropología biológica

- Osteología y paleopatología
- Arqueología de la medicina legal

Informática y estadística arqueológica

Prospección arqueológica

Recuadro 4 (continuación)

Conservación arqueológica

Interpretación y gestión del patrimonio

Periodos y ámbitos territoriales

Orígenes humanos

Arqueología de las Islas Británicas

- Paleolítico y Neolítico
- Edades del Bronce y del Hierro
- Época romana
- Medieval
- Posmedieval e Industrial

Arqueología mediterránea y europea

- Paleolítico y Neolítico
- Edades del Bronce y del Hierro
- Época grecorromana
- Medieval
- Posmedieval e Industrial

Arqueología e historia de las civilizaciones antiguas

- Anatolia
- Oriente Medio
- Egipto
- Nuevo Mundo
- Sur de Asia e India

Prehistoria del mundo y arqueología precolonial

- África
- Continente americano
- Este y sudeste de Asia
- Sur de Asia e India
- Pacífico y Australasia

Arqueología histórica y etnohistórica

- África
- Continente americano
- Este y sudeste de Asia
- Sur de Asia e India
- Pacífico y Australasia

categorías. A continuación teclead otras palabras clave como patrimonio, prehistoria, naufragio, orígenes humanos, evolución, excavación, museo, megalito, etc., y un caudal enorme de pasado inundará vuestra pantalla.

Alternativamente, visitad una biblioteca importante y buscad en el catálogo. Vuestro librero también os podrá ayudar a descubrir textos eruditos sobre clasificación de los útiles de piedra, textos que quizás encontréis junto a otros libros que os hablarán de la solución al «misterio» de la Atlántida.

Otra parte del menú tiene que ver con lo que se enseña sobre arqueología. En los institutos de enseñanza media europeos y americanos no acostumbra a ser una materia fácil de encontrar, pero sí que se ofrece, combinada con otras materias, en todas las universidades. En casi todas partes la arqueología que se ofrece a los estudiantes presenta una gama parecida de temas, siendo el énfasis lo que acostumbra a variar de un sitio a otro. Las diferencias más importantes se encuentran en los períodos cubiertos por la disciplina, lo que a menudo refleja la peculiaridad arqueológica de cada país. En el recuadro 4 se expone la lista de temas que se tuvieron recientemente en consideración en la Gran Bretaña para enmarcar la enseñanza de la arqueología. No es una lista exhaustiva pero es un ejemplo de un menú a la carta estructurado procedente de un país concreto que sirve para dar una idea de las opciones que existen.

La lista establece categorías separadas bajo los epígrafes de teoría, técnicas y práctica profesional, y períodos y regiones del mundo. Dentro de cada categoría se plantean temas muy distintos, por ejemplo, los orígenes de la agricultura o la romanización de Gran Bretaña. Las categorías y los grandes temas se cruzan transversalmente con otros temas como comercio, religión, subsistencia y arqueología de la muerte. Como hay tantas posibilidades no es posible enumerarlas todas.

Poco importa cómo participa cada uno de la arqueología. Lo que se descubre siempre sea leyendo, excavando o indagando de otra forma en el tema, es que existen grandes diferencias de enfoque. Por ejemplo, no es lo mismo estudiar períodos y regiones dentro de una cronología histórica, es decir, con presencia de textos históricos, que formando parte estrictamente de la prehistoria. La rica tradición histórica ha sido estudiada con detalle por Anders Andrén (1998). Su estudio muestra de qué manera pueden ser integrados textos y cultura material, por más que tradicionalmente se haya concedido más importancia a los textos. Este ejemplo no refleja más que una instancia de las muchas posibles sobre la diversidad de enfoques y opiniones que cualquier neófito va a encontrar al empezar a dar rienda suelta a su imaginación arqueológica.

Afortunadamente existen muchos textos excelentes que pueden servir de guía, entre los cuales cabe destacar los siguientes: Matthew Johnson (1999a)¹ y Cris Gosden (1999) sobre teoría arqueológica y antropológica; Robert Wenke (1990), David Hurst Thomas (1998) y Kevin Greene (1995) sobre objetivos, métodos, teorías y técnicas; Colin Renfrew y P. Bahn (1991)² sobre todo ello conjuntamente. Ya es hora de que dejemos de lado la pregunta que nos perseguía hasta este momento y abordemos otra: ¿cuántas arqueologías existen?

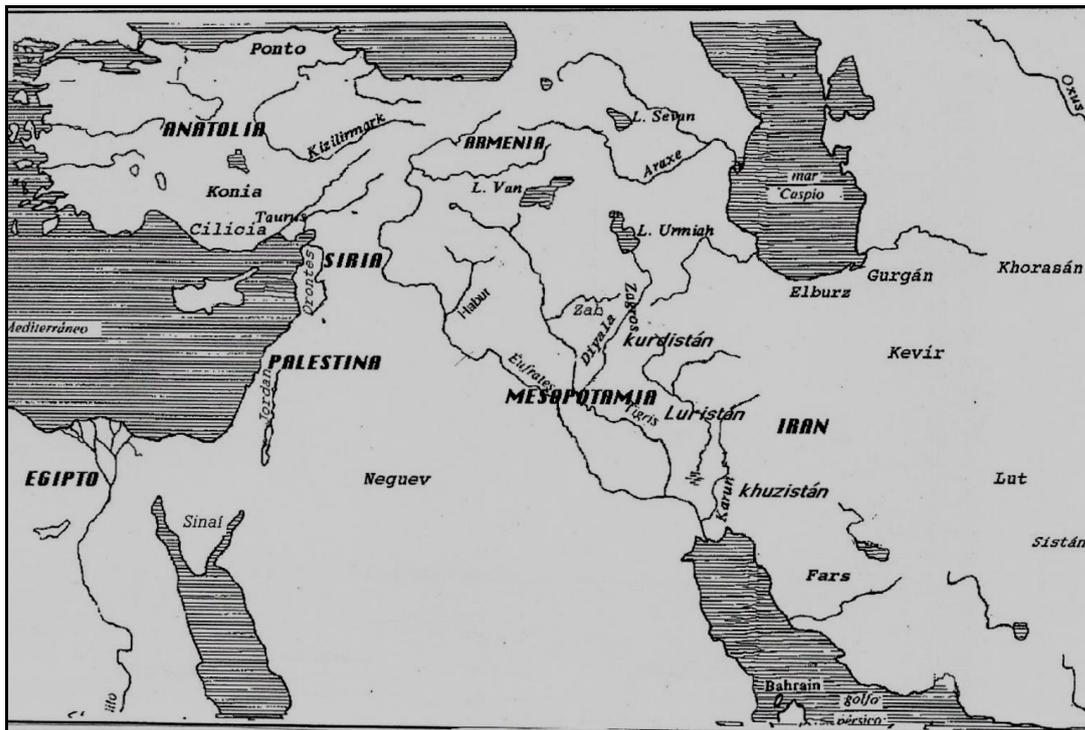
1. Existe traducción en castellano publicada por Editorial Ariel, en el año 2000. (N. del t.)
2. Existe traducción en castellano publicada por Akal, en el año 1993. (N. del t.)

Material Disciplinar de Apoyo al Ingresante

Geografía del Próximo Oriente Antiguo¹

Unidad y variedad, motivada por la diversidad ecológica, puede constituir una definición adecuada para abordar una aproximación a la geografía del Próximo Oriente Antiguo. Variedad que viene dada por la misma diversidad del relieve, del clima, de la distribución de la red fluvial y las materias primas, pudiéndose distinguir diversas regiones con sus características propias, determinadas por factores topográficos, climáticos, orográficos, hidrográficos. Esta variedad regional se manifiesta en la existencia de ámbitos geográficos diferenciados, como son: la península de Anatolia con su topografía compleja y la meseta central que la caracteriza, la gran cuenca fluvial integrada por la llanura de Mesopotamia que descende hasta la costa del Golfo Pérsico, la altiplanicie de Irán, la franja litoral mediterránea frente a la cual emerge la isla de Chipre y los desiertos de Arabia y de Lut. A ello debemos sumar las llamadas zonas de transición que se localizan entre unos y otros, cadenas montañosas y zonas áridas y semiáridas, como son las montañas que se extienden entre el SE de Anatolia y el NO de Mesopotamia, los montes Tauro, las montañas de la región de Armenia (monte Ararat) en relativa vecindad con el Cáucaso y la región de los grandes lagos (Sevan, Urmia y Van), lugares donde nacen precisamente los dos grandes ríos, Tigris y Éufrates (si bien éste un tanto más hacia el oeste) que confieren su identidad topográfica a la amplia llanura de Mesopotamia. Descendiendo hacia el SE se ubican los montes Zagros que se extienden sobre el Kurdistán, el Luristán y el Kuzistán, y separan Mesopotamia de la altiplanicie iraní. Más allá de ésta el desierto señala otra vez la separación entre Irán y las montañas de Afganistán y el valle del Indo. En el otro extremo, la estepa y el desierto de Siria marcan la transición entre la llanura aluvial mesopotámica y la franja costera mediterránea, que se extiende desde la costa sur de Anatolia hasta la Península del Sinaí, en contacto con Egipto, cruzada de N a S en su parte central por los montes Líbano.

¹ Síntesis de: GONZALEZ WAGNER, C. "El Próximo Oriente Antiguo". Vol. 1; pp. 12-13. Editorial Síntesis, S. A. Madrid.1993.

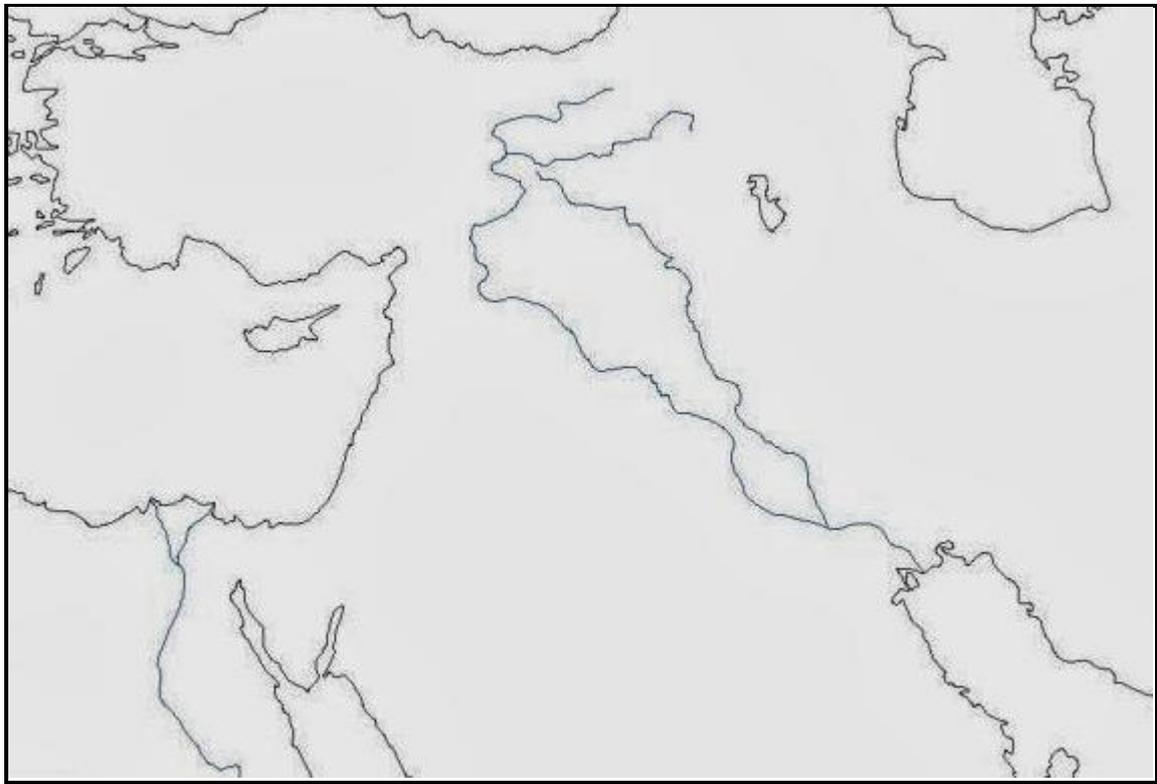


El Próximo Oriente

En un ambiente geográfico tan diverso, con una acentuada variedad de relieve y tipos de terreno, de precipitaciones y de clima, de vegetación y habitabilidad, la unidad viene dada por tratarse todo él de un área no muy grande, de unos 2.000 km², y compacta; relativamente circunscrita por límites externos. Unos, definidos y precisos, como el Mediterráneo al oeste y el Mar Negro al noroeste; otros algo más difusos pero profundos (zonas de transición), como el Cáucaso y las estepas centro-asiáticas al norte y el desierto arábigo al sur. Los últimos, en fin, más abiertos, al este, como las regiones que se extienden desde la altiplanicie irania y el Golfo Pérsico. Un factor interno confiere también unidad al Próximo Oriente. La gran cuenca fluvial formada por el Tigris y el Éufrates en su recorrido por la llanura de Mesopotamia sirve de enlace central a las restantes regiones que se disponen en su periferia, facilitando las comunicaciones entre ambas por su accesibilidad topográfica, su relieve más uniforme y menos accidentado y, sobre todo, por la presencia de los dos grandes ríos, y sus afluentes principales, cuyos cauces y las zonas llanas que recorren se convirtieron desde muy pronto en importantísimas arterias que facilitaban el desplazamiento de gentes y objetos de unos lugares a otros.

Actividad:

1. Leer el texto aplicando los pasos de la lectura comprensiva (lectura global, lectura párrafo por párrafo, extracción o subrayado de las ideas principales)
2. Realizar un glosario que contenga las palabras o conceptos desconocidos.
3. ¿Por qué una de las características de la geografía del Cercano Oriente Antiguo es la variedad? Explicar.
4. Señalar en el mapa los límites que le confieren unidad al territorio.



Fuentes, cronología y periodización del Cercano Oriente Antigo²

Los documentos que disponemos para reconstruir la historia y modos de vida de las sociedades que habitaron el Cercano Oriente durante la Antigüedad se clasifican en textos, que pueden ser: crónicas, inscripciones, literatura religiosa y sapiencial, códigos, etc., traducidos de sus respectivas lenguas; y restos materiales, como ser diversas clases de artefactos, utensilios, construcciones, etc., que son estudiadas por los arqueólogos; ambos constituyen las fuentes de nuestro conocimiento. Dicha información es distribuida tanto en el espacio y en el tiempo como en lo que concierne a los diversos tipos de actividades realizadas por los habitantes de esa vasta región.

En ese sentido, son los templos y los palacios los que proporcionan el grueso de la documentación escrita, testimonio significativo al mismo tiempo del tipo de



Templo Blanco y el Zigurat de Uruk

organización social imperante. La ausencia de una literatura que no provenga de forma exclusiva de los círculos socioculturales dominantes nos limita a la perspectiva propia de aquellos, y por consiguiente cuando empleamos los códigos y ordenamientos jurídicos como principal forma de abordar el conocimiento de una realidad social, percibimos sobre todo el punto de vista del legislador sin llegar a alcanzar plenamente la perspectiva de los legislados.

Al carácter parcial de los textos escritos, que emanan exclusivamente de los grupos socioculturales dominantes (ya que la mayoría de los grupos sociales permanecía iletrada), se añaden los imponderables propios de la documentación de tipo arqueológico que, si por una parte reporta la ventaja de proporcionar datos fiables e indiscutibles dado su carácter empírico, por otra adolece de la casuística

² Síntesis de: GONZALEZ WAGNER, C. "El Próximo Oriente Antigo". Vol. 1; pp. 27- 31. Editorial Síntesis, S. A. Madrid.1993.

propia del estado de conservación de los yacimientos, algo que escapa de la responsabilidad y capacitación de los investigadores.

Es por ello, que ni la investigación arqueológica, ni las otras disciplinas auxiliares de la Historia que se ocupan del estudio del Cercano Oriente Antiguo, han podido resolver totalmente los problemas que plantea la cronología, por lo que, ante la imposibilidad de obtener dataciones firmes, la periodización y las sincronías se presentan como útiles instrumentos para hacernos una imagen fidedigna del transcurso de su evolución histórica. Los arqueólogos, por su parte, se han esforzado en reunir distintos conjuntos de caracteres y elementos culturales (utensilios, construcciones, obras de arte, etc.) y ordenarlos dentro de una secuencia lógica de lo más antiguo a lo más reciente. Se dispone con ello de una periodización arqueológica que nos informa que tal conjunto de rasgos culturales observado en tal o cual sitio es anterior o posterior a tal otro, pudiéndose establecer periodos de duración aproximada; sin

embargo, la mayor parte de las dataciones son relativas, por lo que han de emplearse otros criterios y métodos para poder obtener datos



cronológicos más seguros. Dado que algunas inscripciones, principalmente la de los reyes, proporcionan fechas más concretas que podemos establecer por contraste con acontecimientos históricos mejor datados o con sucesos astronómicos bien conocidos, y que en otras ocasiones se puede recurrir a métodos de datación mediante análisis físico- químico, se puede llegar a obtener fechas más seguras que permiten presentar una serie sucesiva de períodos caracterizados cada uno de ellos por una cronología relativa, como por ejemplo:

Edad del Bronce	3000 al 1100 a. C.
Bronce Antiguo	3000 al 2000 a. C.
Bronce Medio	2000 al 1650 a. C.
Bronce Reciente	1650 al 1100 a. C.

Edad del Hierro	1100 al 330 a. C.
Hierro Antiguo	1100 al 850 a. C.
Hierro Medio	850 al 500 a. C.
Hierro Reciente	500 al 330 a. C.

Como se observa, el principal defecto de este tipo de periodización arqueológica es que no hace referencia alguna a los acontecimientos históricos ni a las características más importantes de cada periodo, sino que se limita a establecer una secuencia ordenada de "horizontes culturales", aplicada además sin las matizaciones y correcciones necesarias a regiones muy extensas, como lo es el Próximo Oriente Antiguo, induce a la aparición de desfases y desajustes entre distintas zonas cuyo desarrollo cultural no ha sido sincrónico, por lo que su empleo exclusivo no resulta de utilidad para el historiador. Este (el historiador), prefiere utilizar periodizaciones basadas en la cronología histórica, que se obtiene principalmente de las fechas que proporcionan las inscripciones y otros documentos; el historiador, utiliza, de esta forma, los sincronismos con otras culturas y civilizaciones mejor conocidas, como la griega, cuya información puede resultarle de mucha utilidad para construir su armazón cronológico.

Es decir, que nos encontramos frente a dos procedimientos distintos, que en principio son complementarios entre sí; pero en realidad una de ellas prevalece para los periodos pre y protohistóricos, y la otra para las fases históricas. El procedimiento arqueológico tiene caracteres objetivos y científicos, y tiende a reconstruir la ubicación cronológica de los hallazgos antiguos (o mejor dicho, su ubicación en el contexto del yacimiento), uno con respecto a otros, y con respecto al presente. El procedimiento histórico es de carácter cultural, y tiende a reconstruir

los antiguos sistemas de datación y las antiguas secuencias cronológicas, para relacionarlos después con nuestro sistema y nuestra secuencia, de modo que sean más accesibles. Para ambos procedimientos, el primer paso consiste en ubicar los elementos a datar en una relación recíproca de anterioridad y posterioridad, o también de contemporaneidad (cronología relativa); un segundo paso es anclar la secuencia de relaciones así obtenida en uno o varios puntos fijos, transformándola en una secuencia de fechas (cronología absoluta)- fechas que pueden tener una precisión de siglos, decenios, años o incluso días, según el detalle que permita la documentación.³

Actividad:

1. Leer el texto aplicando los pasos de la lectura comprensiva (lectura global, lectura párrafo por párrafo, extracción o subrayado de las ideas principales)
2. Realizar un glosario que contenga las palabras o conceptos desconocidos.
3. Ubicar en una línea de tiempo horizontal los periodos arqueológicos que se nombran en el texto.
4. Seleccione una de las fuentes nombradas a continuación y realice un pequeño análisis de la misma, estableciendo fecha aproximada, principales protagonistas y hecho que relata.
 - Paleta de Nar Mer:

La paleta está tallada a doble cara en bajorrelieve y representa la victoria del



faraón Narmer sobre sus enemigos. En el anverso, el faraón aparece portando la corona del Alto Egipto y golpeando con una vara a un prisionero que coge de los pelos. Este tipo de imágenes fue posteriormente utilizada por muchos faraones como símbolo de su poder militar. Los rasgos del prisionero nos indican que es extranjero por sus barbas y pelo rizado, seguramente sería un habitante de las tierras del Sinaí.

³ LIVERANI, Mario "El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía". Ed. Crítica, Barcelona, España. 1988. Pp. 22- 35.

Bajo los pies del faraón aparecen dos enemigos abatidos junto al nombre de sus ciudades de origen. En la parte superior de la escena, un halcón que podemos identificar como el dios Horus, sujeta la cabeza de un enemigo y se apoya en siete flores de papiro que representarían las siete ciudades del Delta del Nilo que fueron conquistadas por el faraón.

En el reverso, los relieves se disponen de forma horizontal en planos superpuestos. Narmer aparece en ella con la corona del Bajo Egipto, rodeado por su séquito y entre ellos el "portador de las sandalias reales". Delante del faraón los restos apilados de los enemigos decapitados. El estandarte de los pueblos vencidos son portados delante del rey. En el centro de la escena, dos animales fantásticos de largos cuellos que se enredan dejan una zona central donde serían depositados aceites y ungüentos de maquillaje, no sabemos incluso si tendría cierto carácter funerario. Debajo de ellos aparece representado un toro atacando las murallas de una ciudad enemiga (que algunos historiadores identifican con Buto) y se puede considerar como la alegoría del propio faraón vencedor ante sus enemigos.

Ambas escenas están coronadas por las cabezas de la diosa Hathor o Bat, diosa patrona de los jueces que se representa con cabeza de vaca. Entre ellas aparece el cartucho real o serej con el nombre de Narmer y que nos sirve para identificar al personaje principal.

- Estatuillas de los Orantes:

Los llamados orantes sumerios son estatuas -efigies o dobles- de seres humanos (hombres y mujeres), de pie o sentados, vestidos a menudo con largas faldas de piel de oveja (o de lana, en el caso de mujeres), con los ojos bien abiertos y las manos juntas. La pose y el gesto son hieráticos. Se han encontrado en gran número, y algunas están enteras.

Son estatuas de tamaño muy diverso, desde una decena de centímetros hasta casi altura humana (dos célebres estatuas, quizá de divinidades, del Museo de Bagdad, y, desde luego, una estatua fragmentada del rey Gudea, del Museo del Louvre). Estas obras, de piedra (diorita, calcita, granito) actuaban como dobles de seres humanos; se depositaban en templos; quizá en palacios, frente a estatuas de culto y efigies reales, a fin que la irradiación divina cubriera la estatua y se transmitiera al ser representado.



Los ojos están incrustados de concha, bitumen, lapislázuli, al igual que las cejas; debían de estar pintadas. Es posible que portaran coronas o pelucas, desaparecidas.

Constituyen un tipo de imágenes representativas del arte mesopotámico, sin paralelismos en otras culturas, de los cuarto y tercer milenios.

La posición característica de las manos juntas y retorcidas, a veces, ha sido interpretada ya sea como signo de adoración ante una divinidad, ya sea como signo de respeto ante el rey. Las manos juntas impiden manejar armas; también impiden utilizar útiles. Por tanto, los trabajos mecánicos o manuales son imposibles. En este caso, lo que se destaca es la importancia de la vista y el oído (de la mente), en detrimento de la mano, incapacitada para actuar u obrar.

Estas efigies -estos dobles- estaban en contacto o en conexión mental, intelectual, con la divinidad o el rey. Eran todo oídos; tenían los ojos bien abiertos -signo de gracia, de larga vida-.

El gesto de las figuras revela, así, la importancia del ser representado, capaz de comunicar "intelectualmente" con un ser superior, y la "bondad" de éste, dispuesto a entablar un diálogo mudo, de "conectar" con un ser inferior. Así, el gesto de las manos no denotaría sumisión, sino la capacidad del ser humano de estar idealmente comunicado con la divinidad.

Bibliografía:

- GONZALEZ WAGNER, C. “El Próximo Oriente Antiguo”. Vol. 1. Editorial Síntesis, S. A. Madrid, España.1993
- LIVERANI, Mario “El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía”. Editorial Crítica, Barcelona, España. 1988.

Edición 2

I. UNA VISIÓN PANORÁMICA

Es cosa admitida en el mundo académico que no se puede entender la economía sin conocimiento de su historia. Y sin embargo, por razones nada difíciles de averiguar, la historia de las ideas económicas nunca ha sido un campo popular de estudio ni en todo caso ventajoso. Existen al respecto muchos libros de no poco mérito académico y todos los economistas tienen contraída una considerable deuda con sus autores. Pero hasta los mejores, en su esfuerzo por alcanzar la excelencia académica o a fin de protegerse de la crítica profesional, han prodigado su atención no sólo a los temas importantes, sino también a los secundarios. No han querido correr el riesgo de que se les imputara haber pasado por alto tal o cual observación formulada por Adam Smith, David Ricardo o Karl Marx, y a raíz de ello, las ideas realmente decisivas, acertadas o erróneas, con frecuencia se han perdido en el montón; de ese modo, ha llegado a quedar oscurecido lo que hoy continúa siendo de interés o de importancia.

Y hay todavía otro problema aún más serio: gran parte de estas obras, quizá la mayoría, han supuesto que las ideas económicas están dotadas de una vida y de un desarrollo propios. Los progresos en la disciplina se dan en un ámbito abstracto: mientras un estudioso revela un talento indiscutible para la innovación, otros se dedican a corregir y prolongar sus trabajos, sin que ninguno haga referencia directa al marco general y concreto de la economía.

De hecho, las ideas económicas siempre son producto de su época y lugar; no se las puede ver al margen del mundo que interpretan. Y ese mundo evoluciona, hallándose por cierto en continuo proceso de transformación, lo cual exige que dichas ideas, para conservar su pertinencia, se modifiquen consiguientemente. En los últimos cien años, la vida económica se ha visto radicalmente alterada, y hasta revolucionada, por todo un gran conjunto de facto-

F0797

U. S. P. N. U. S. P. N. U. S. P. N.

res, a saber, el surgimiento de las grandes sociedades anónimas, el sindicalismo, la depresión y la guerra, el incremento y difusión de la prosperidad, la naturaleza cambiante del dinero, el papel nuevo y poderoso del banco central, la pérdida de protagonismo de la agricultura paralela a la urbanización y el incremento de la pobreza en las ciudades, la aparición del estado de bienestar, las nuevas responsabilidades de los gobiernos en lo referente al funcionamiento general de la economía, y finalmente, la implantación de los estados socialistas. Así como ha ido transformándose el mundo económico, debe también ir cambiando necesariamente la economía en tanto que materia de estudio.

Pero en el mejor de los casos las transformaciones de la economía han sido de difícil gestación y sólo se han aceptado con renuencia. Quienes se benefician del *status quo* se oponen al cambio, y también aquellos economistas que tienen intereses creados en algo que siempre han enseñado y creído. A estas cuestiones me referiré luego nuevamente.

Debe reconocerse además que mucho de cuanto se ha escrito sobre historia de las ideas económicas es soberanamente aburrido. Un número considerable de estudiosos, sin distinción de sexos, opinan que cualquier esfuerzo afortunado por hacer las ideas animadas, inteligibles e interesantes es síntoma de deficiente preparación. Y éste es un baluarte en el que normalmente se refugian quienes sólo mantienen un mínimo de coherencia.

De los párrafos precedentes se desprende mi propósito al emprender esta historia. Procuero concebir la economía como un reflejo del mundo en el que se han desarrollado ideas económicas específicas: las de Adam Smith en el contexto del primer trauma de la Revolución industrial, las de David Ricardo en las etapas posteriores y más maduras de la misma, las de Karl Marx en la era del poderío capitalista desenfrenado, las de John Maynard Keynes como respuesta al implacable desastre de la Gran Depresión. Con respecto a aquellas épocas o sectores en los cuales hay poco de interés a la vista y menos aún susceptible de ser descubierto en la vida económica, como en los tiempos anteriores al surgimiento del capitalismo o en las economías de subsistencia actuales, me he resignado a esa circunstancia. En efecto, las ideas económicas no son muy importantes allí donde no hay economía.

No soy contrario, ocasionalmente, a abordar detalles periféricos en el desarrollo del pensamiento económico si éstos añaden algo de interés a la historia. Pero mi principal preocupación es aislar y destacar la idea o ideas centrales de cada autor, escuela o época, y fijar la atención, sobre todo, en aquellas que tienen consecuencias duraderas y vigencia actual. En cambio, trato escrupulosamente de ignorar todo lo transitorio, al igual que cualquier cuerpo de conocimientos integrante de la corriente principal que no altere ni desvíe significativamente el curso de la misma.¹

Dado que ésta es una historia de la economía, y no meramente de los economistas y de su pensamiento, voy más allá de los eruditos y de su erudición para referirme a los acontecimientos que conformaron la materia. Y en caso necesario, aludo a sucesos que plasmaron la historia de la economía cuando no había economistas. El siglo pasado, como veremos, fue en Estados Unidos una época de intenso debate económico sobre la banca, la política bancaria, el dinero y la política monetaria, el comercio internacional y la política arancelaria. Pero sólo de manera muy tardía, en las últimas décadas, apareció un número apreciable de economistas capaces de dirigir el debate o por lo menos de participar en él. Si en esta historia me limitara a la expresión formal del pensamiento económico, ignoraría con ello una corriente rauda y caudalosa en el flujo de las ideas económicas.

Ya he dicho que las obras, o muchas de ellas, han sido aburridas y a veces ostensiblemente oscuras. No creo que esto sea necesario. Tanto las ideas centrales como su marco de referencia rebosan de interés; han retenido el mío durante más de medio siglo, desde mi primer contacto en la Universidad de California en Berkeley, allá en 1931, bajo la orientación de dos persuasivos profesores, Leo Rogin y el imponente Carl C. Plenh.² Me inclino a pensar que pueden resultar del mismo grado de interés para otras

1. Por ejemplo, no me ocupo con detalle de John Stuart Mill, figura de indiscutible importancia, pero completamente dentro de la corriente principal. Y paso por alto, sin más, a los grandes autores alemanes que se ocuparon de la historia económica durante el siglo pasado sin llegar a influir gran cosa en su desarrollo, si bien debo confesar mi falta de interés en su obra.

2. Mi entusiasmo se vio luego incrementado por las enseñanzas recibidas de cuatro viejos catedráticos de Harvard, a saber, C. J. Bullock, hombre de poderosas convicciones precámbricas, A. E. Monroe, Overton Taylor y, sin lugar a dudas, Joseph A. Schumpeter. Tal vez se me permita añadir algo más. La vida sistemática de la ciencia económica tiene, a partir de Adam Smith, no más de doscientos años. Con cierta sorpresa constato que he tenido una presencia profesional y he conocido a la mayoría de los autores durante la cuarta parte de todo ese período.

personas. Y no se trata de asuntos que pongan a prueba la comprensión del lector. Como ya he sostenido en ocasiones anteriores, no hay en materia de economía proposiciones útiles que no puedan formularse con exactitud en el lenguaje corriente, sin florituras y sin necesidad de artificios.

Debo ahora referirme brevemente a la utilidad práctica de la historia, y concretamente, de una historia como ésta. Mi tesis al respecto debe formularse con cuidado.

Todos estarán de acuerdo en que la economía, tal como hoy se la teoriza, alienta una obsesiva preocupación por el futuro. En Estados Unidos, cada mes, supuestas autoridades en teoría económica se desplazan por la nación para exponer sus opiniones acerca de la perspectiva económica, y también sobre las previsiones sociales y políticas. Miles de personas los escuchan. Los ejecutivos o sus empresas pagan elevadas sumas por el placer de oírlos, lo cual no impide que, si la prudencia los asiste, interpreten los conocimientos así adquiridos con un inteligente escepticismo. En efecto, la característica más común del futurólogo económico no es la de saber, sino la de no saber que no sabe. Su máxima ventaja es que todas las predicciones, acertadas o inexactas, se olvidan con rapidez. Hay demasiadas, y si pasa un lapso de tiempo razonable no sólo se habrá perdido la memoria de lo dicho, sino que habrá desaparecido también un apreciable número de quienes las formularon o escucharon. Como dijo Keynes, «a largo plazo todos estaremos muertos».

Si el conocimiento económico fuera impecable, el sistema económico vigente en el mundo no socialista no podría sobrevivir. Si alguien pudiera saber con precisión y certeza qué había de suceder con los salarios, los tipos de interés, los precios de los bienes, el desempeño de diferentes empresas e industrias y los precios de valores y títulos, se trataría de una persona privilegiada que no tendría ningún interés en transmitir o vender su información al prójimo, sino que la utilizaría en su propio beneficio. En un mundo de incertidumbre, su monopolio de la certeza sería supremamente rentable. Pronto estaría en posesión de todos los bienes intercambiables, mientras que cuantos se vieran enfrentados a semejante conocimiento tendrían que sucumbir. Dios nos aguarde que alguien tan bien dotado fuera socialista. En realidad, el sistema económi-

co moderno sobrevive, no a causa de la excelencia de la labor de quienes pronostican su futuro, sino gracias a su inquebrantable tendencia al error.

Sin embargo, hay una posibilidad de redención: vale la pena tratar de entender el presente, pues el futuro inevitablemente conservará elementos importantes de lo que hoy existe. Y el presente, a su vez, es un producto directo del pasado. Como se verá en las páginas siguientes, lo que actualmente creemos en materia económica tiene raíces profundas en la historia. Sólo en la medida en que dichas raíces son objeto de la comprensión, sólo si se dirige la vista al pasado en materia de precios y producción, empleo y desempleo, distribución de la renta y de la riqueza, ahorro, banca e inversión, y la naturaleza y promesas del capitalismo y el socialismo, sólo entonces podrá entenderse el presente, y por tanto, con muchas limitaciones, se atisbará con algún tino el futuro. Tal es la comprensión a la que se dedican estas páginas.

Pero no de forma exclusiva. No todo ha de medirse con una vara rígida y utilitarista. Hay en estas cuestiones, o por lo menos debería haber, margen para un deleite puramente desinteresado. La historia a la cual me refiero aquí es, según quisiera creer, interesante por sí misma. Ofrece múltiples aspectos, tanto en los hechos intrínsecos como en el carácter absurdo que éstos a veces presentan, aptos para incitar y deleitar a una mente curiosa. Mucho sentiría, por cierto, que estas páginas no llegaran a provocar reacciones de esa índole.

Ahora, ha llegado el momento de abordar brevemente la naturaleza y el contenido de la economía propiamente dicha.

«La economía política —dijo Alfred Marshall, el gran maestro de la Universidad de Cambridge cuyo libro de texto fue el faro orientador y a veces la desesperación de muchas generaciones de estudiantes universitarios a principios de este siglo— estudia la humanidad en las actividades ordinarias de la vida.»³ Éste es un ámbito de estudio sumamente amplio, pues no hay mucho en el comportamiento humano que pueda excluirse como irrelevante. Pero a los fines prácticos, la investigación y el interés debe limitarse sólo

3. Alfred Marshall, *Principles of Economics*, octava edición (Londres, Macmillan, 1920), vol. I, pág. 1.

a aquellos interrogantes más comunes. Y debemos tener en cuenta que estos interrogantes adquieren mayor o menor urgencia según varían las circunstancias predominantes y a medida que van pasando los años.

En todo análisis económico y en toda enseñanza de la disciplina es crucial preguntarse qué es lo que determina los precios de los bienes y servicios. Y cómo se distribuyen los beneficios de esta actividad económica. Y qué es lo que determina la participación de los salarios, los intereses, los beneficios, y asimismo, aunque de manera menos precisa, la renta de la tierra y de otros medios fijos e inmutables utilizados en la producción.

A lo largo de la vida moderna de la economía, estos dos temas, la teoría del valor y la teoría de la distribución, han polarizado el máximo interés. Todavía hoy se considera que la economía llegó a su madurez cuando estas dos cuestiones fueron tratadas sistemáticamente a fines del siglo XVIII, principalmente por Adam Smith. Pero aquí, en el meollo mismo del asunto, se han producido cambios formidables en un contexto también cambiante. En tiempos remotos, como veremos después, ni los factores determinantes de los precios ni los que fijaban los niveles salariales, los tipos de interés u otros factores distributivos tenían mayor importancia. Dado que la producción y el consumo tenían por centro la unidad familiar, no había necesidad de una teoría de los precios, y con esclavos, no era indispensable una teoría de los salarios.

En épocas muy recientes, aunque el cambio de cuestión no ha sido reconocido por los economistas más escrupulosamente convencionales, ha vuelto a declinar la importancia de la determinación de los precios y de los factores que condicionan la distribución del producto. Los precios, en una sociedad pobre o de escasos recursos, corresponden a los artículos de primera necesidad, y el precio del pan determina en gran medida el nivel de alimentación popular. En cambio, tratándose de un mundo generalmente próspero, si el precio del pan es elevado, se renuncia a algún otro bien de poca importancia para poder comprarlo, o bien se consume otro alimento en su sustitución. En la actualidad, muchas compras, y el consumo correspondiente, son de escasa significación en comparación con el pasado. Lo mismo ocurre con los precios. Una vez más puede advertirse la necesidad de colocar cada cuestión en su marco de referencia.

Junto con lo que determina los precios y la distribución están

los demás temas capitales. El primero de ellos es cómo se difunde o concentra el ingreso nacional distribuido bajo la forma de salarios, intereses, beneficios y rentas, o sea, en qué medida es o no equitativa la distribución de la renta. Las explicaciones y racionalizaciones acerca de la desigualdad resultante han sido durante siglos la tarea de algunos de los talentos económicos más grandes e ingeniosos. En casi toda la historia de la economía, la mayoría de la gente ha sido pobre, mientras que unos pocos han sido muy ricos. En consecuencia, se ha planteado la imperiosa necesidad de explicar por qué sucede esto, y, frecuentemente, por qué *debe ser* así. En tiempos modernos, con el incremento y la generalización de la prosperidad, los términos de la cuestión se han modificado considerablemente. Y sin embargo, la distribución de la renta sigue siendo la cuestión más delicada que tratan los economistas.

En segundo término, la economía se ocupa de los factores que conducen a un mejor o peor funcionamiento económico del conjunto social. En un principio se trataba de investigar qué factores perjudicaban o mejoraban el estado de los negocios, como entonces se decía. Ahora, en cambio, se hace referencia a los elementos que restringen o estimulan el crecimiento económico. Y a los que causan fluctuaciones, ya sean rítmicas o de otra índole, en la producción de bienes y servicios. También aparece hoy el problema urgente, aunque relativamente nuevo, de por qué es imposible en la economía moderna encontrar empleo útil para mucha gente dispuesta a trabajar. En el siglo XIX, apenas se hablaba de paro; sólo en nuestro siglo la dificultad de asegurar un suministro adecuado de bienes se ha visto desplazada por la dificultad mucho mayor, y mucho más discutida, de hallar empleo apropiado para el mayor número posible de personas en la producción de bienes.

Paralelamente a todas estas cuestiones, hay que considerar las instituciones implicadas en la actividad económica, o sea, en la producción y fijación de precios de bienes y servicios, y en la distribución de los resultados de las transacciones. Se trata del papel de la empresa comercial, grande y pequeña, y de la banca, el banco central, el dinero en sus diversas formas y funciones, y los problemas especiales del comercio internacional. Sin olvidar a los gobiernos y a las políticas que éstos aplican, pues las mismas influyen, en mayor o menor medida, sobre todos los procesos e instituciones mencionados.

Finalmente, y de manera menos específica, debe considerarse el marco de referencia político y social más amplio en el cual se desenvuelve toda la vida económica. Aquí cabe aludir a la naturaleza y eficacia respectivas del capitalismo, de la libre empresa, del estado de bienestar, del socialismo y del comunismo. Con respecto a estas cuestiones, según puede observarse, la economía experimenta una modificación radical. Deja de constituir un tema desapasionado, supuestamente científico, para convertirse en el teatro de agrias polémicas. El investigador más imparcial, el directivo más rabiosamente pragmático, o el político menos propenso a cualquier proceso intelectual elitista, todos reaccionan con una pasión visible e incluso violenta. Este tipo de reacción es el que procurará evitar esta obra.

Todos estos problemas, las soluciones propuestas y los cursos de atención pública o privada que se preconizan, constituyen el tema de la historia del pensamiento económico. Obvio es decir que el punto de partida obligado para cualquier estudio de dicha historia se encuentra en el mundo clásico.

Solilla 2

II. DESPUÉS DE ADÁN

Puede ocurrir en cualquier período determinado una ausencia de respuestas a los interrogantes del capítulo anterior porque el pensamiento económico no ha alcanzado el grado de sutileza requerido. También puede suceder que la ausencia de respuestas obedezca a que los interrogantes aún no se han formulado. Con ilustres excepciones, la mayoría de los historiadores de la teoría económica han atribuido la falta de respuestas a la primera de esas deficiencias. Corresponde atribuirle un papel más importante a la segunda.

En tiempos de las *polis* griegas y del imperio ateniense y luego en la época romana, muchos, si no la inmensa mayoría de los problemas mencionados, no existían siquiera. La actividad económica básica era tanto en Grecia como en Roma la agricultura, la unidad de producción era el hogar, y la fuerza de trabajo era los esclavos. La vida intelectual, política y cultural, y en buena medida la vida residencial, se concentraban en las ciudades, y por eso la historia de aquel período es la historia de los centros urbanos: Esparta, Corinto, Atenas y, sobre todo, Roma. Pero las ciudades de la antigüedad, grandes o, como solían serlo, bastantes pequeñas, con excepción de Roma y de unas pocas urbes italianas, no eran centros económicos en su significado actual. *Había* mercados y artesanos, en su mayoría esclavos, pero poca actividad industrial en el sentido que hoy se atribuye al término.¹

El uso o consumo de bienes —viviendas elementales, alimentos básicos, tal vez ciertas bebidas elaboradas, algunos tejidos y poco más— era infinitesimal, salvo para una reducida minoría gobernante. Y para esta minoría, el principal consumo consistía en

1. David Hume no podía «recordar un solo pasaje, en ningún autor antiguo, en donde se atribuyera el crecimiento de una ciudad al establecimiento de una manufactura». Citado en M. I. Finley, *The Ancient Economy* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1973), pág. 22.